
Ayuntamiento de Cádiz


UMASS
BOSTON

BIBLIOTECA DRAMATICA.

BENVENUTO CELLINI,

ó el poder de un artista.

Comedia en cinco actos, su autor D. Ramon de Navarrete, *representada por primera vez en el teatro del Príncipe el 2 de noviembre de* 1846.

Se hallará de venta en Madrid, en las librerias de *Perez*, *Jordan* y *Rios*, calle de las Carretas; *Cuesta*, calle Mayor, y *Viuda de Razola*, calle de la Concepcion, á 3 rs. las comedias en un acto y á 4 rs. las de dos ó mas actos.

AL CELEBRE ESCRITOR

M. ALEJANDRO DUMAS,

Ramon de Navarrete.

PERSONAGES.	ACTORES.
EL REY FRANCISCO PRIMERO.	*D. P. Sobrado.*
BENVENUTO CELLINI, *escultor y platero.*	*D. J. Romea.*
ASCANIO GADDY, *su hijo adoptivo.*	*D. A. Lozano.*
ANA DE HEILLY, *duquesa de Etampes.*	*Doña M. Diez.*
ROBERTO DE ESTOURVILLE, *prevoste de Paris.*	*D. P. Lopez.*
CLOTILDE, *su hija.*	*Doña J. Palma.*
DIANA DE POITIERS.	*Doña P. Tablares.*
EL CONDE DE ORBEC, *tesorero de la corona.*	*D. L. Perez.*
EL VIZCONDE *de* MARMAGNE, *secretario del rey.*	*D. J. Torroba.*
LA SEÑORA GERVASIA, *aya de Clotilde.*	*Doña M.ª Córdoba.*
CATALINA.	*Doña M. Chafino.*
JACOBO AUBRY.	*D. F. Romea.*
PABLO.	*D. N. N.*
JUAN *y*	*D. N. N.*
SIMON, *discipulos del mismo.*	*D. N. N.*

Un carcelero.—Un confidente de la duquesa.—Un juez.—Archeros, guardias, cortesanos, etc.

La escena es en Paris, año de 1540.

ACTO PRIMERO.

LA VISITA DE UN REY.

El teatro representa un vasto salon del palacio pequeño de Nesle, que sirve de taller á Benvenuto Cellini; en el fondo se descubren magníficos jardines: á la derecha, la puerta de las habitaciones interiores; á la izquierda se vé una bella estátua de Marte, colocada en un nicho dentro de la pared.

ESCENA PRIMERA.

BENVENUTO, ASCANIO, CATALINA, JACOBO AUBRY, PAOLO, SIMON, JUAN, *y otros discípulos.*

(Al levantar el telon, Catalina se halla sentada delante de Benvenuto, en una postura casta y graciosa, como sirviéndole de modelo para una estátua que aquel principia: Ascanio mas lejos, delante de una mesa, hace un dibujo: los otros discípulos, sentados en diferentes partes, trabajan en obras de escultura ó de plateria.)

BEN. (*despues de una pausa y contemplando á Catalina con desaliento.*) No... no... Ese rostro no sirve para mi Hebe! Es demasiado espresivo, demasiado ardiente! Hay en tus miradas sobrada pasion, y tus labios entreabiertos casi siempre por una sonrisa irónica, no son los de la virgen inocente y cándida, símbolo de pureza divina.

CAT. (*levantándose de mal humor.*) Es decir que porque soy bonita no sirvo? En ese caso buscad una fea; yo me alegro mucho de no seros útil en esta ocasion.

BEN. (*sonriéndose y acariciando á Catalina.*) Chiquilla!.. No me entiendes! Tu belleza es demasiado terrenal... y yo necesito una hermosura célica!

CAT. Otro cumplido!

BEN. Y sin embargo, Catalina, cuantas obras magníficas me has inspirado! A ti te he debido Erigone, la maravilla de Fontainebleau, como la llama S. M. el rey; yo copié tus facciones para representar á Minerva, orgullosa de su fuerza y de su saber; yo en fin, te representé como una desordenada bacante, con tu cabello de ébano revuelto sobre tu espalda de alabastro, y con esos brillantes ojos inflamados por el vino y el amor!

CAT. (*mas contenta.*) Gracias al cielo que me dirigis palabras agradables!

BEN. Asi, no te aflijas porque no tenga tu semblante la candidez necesaria, la regularidad indispensable para mi Hebe; no hay dos mugeres en el mundo que representen del mismo modo la voluptuosa Venus y la severa Juno: y yo prefiero mil veces tu fisonomía viva y alegre, á esas otras dulces y tranquilas, muy bellas para la poesia y la escultura, pero que nada dicen al corazon del hombre.

CAT. (*estrechándole las manos con efusion.*) Siempre bueno! Siempre cariñoso!

BEN. (*acercándose á Ascanio que trabaja sin cesar.*) Y tú, qué haces, hijo mio?

ASC. El diseño de la flor de lis de pedreria, que me encargó la señora duquesa de Etampes.

BEN. Y parece que trabajas con fervor y con ahinco, lo cual no es estraño cuando la obra está destinada á persona de tanto valer y de tal beldad.

JAC. Quién es esa duquesa de Etampes, Ascanio?

ASC. Es... es... Pregúntaselo á Paolo, Jacobo, pues él me presentó á ella.

PAO. Es una dama de alta posicion en la corte... quiero decir, es... es... En fin, pregúntaselo al maestro, que él lo sabrá mejor.

BEN. (*sonriéndose.*) Es casi la reina de Francia, hijos mios.

JAC. Es hermana del rey?

BEN. No.

JAC. Prima?

BEN. No.

JAC. Pues entonces, qué es?

BEN. Es... es... Catalina, lo sabes tú por casualidad?

CAT. (*bajando los ojos.*) Yo... no.

JAC. Pues quedo enterado.

BEN. (*contemplando el diseño de Ascanio.*) Es un trabajo lleno de gracia y de delicadeza el que estás haciendo ahí. Qué riqueza en los detalles! Qué originalidad en la forma!.. Ascanio, tú recogerás algun dia la herencia de Benvenuto Cellini! Tú serás el continuador de su gloria y de su nombre! (*Paolo le dirige una mirada envidiosa.*) Perdonadme, amigos mios; bien sé que aqui no hay compañeros, sino hermanos; que no existen rivales, sino émulos... á todos os amo igualmente. Mas él, bien lo sabeis, es mi hijo, mi hijo de adopcion... Yo le he mecido en su cuna, yo le he enseñado nuestro arte: y luego debe el ser á la única muger

que he amado. Disculpad así este afecto, esta predileccion, esta ternura, que estoy seguro comprendereis! (*todos los discípulos menos Paolo, se levantan, rodean á Benvenuto, y le abrazan.*)

TODOS. Si, si!

JAC. Teneis razon en amarle; él es el mas hábil, el mejor de nosotros!

SIM. El nos dirige á los demas.

JUAN. El nos enseña á todos.

ASC. (*que se ha levantado tambien, abrazándolos.*) Hermanos!

BEN. Si, he ahí el nombre que debeis daros, como yo os doy el de mis hijos. (*les tiende de nuevo los brazos, y todos se precipitan en ellos, menos Paolo.*) Y qué, Paolo, tú no vienes?

PAO. (*sin levantarse.*) Estoy acabando este brazalete para la señora Diana de Poitiers.

JAC. Otra dama de la corte, eh?

BEN. Si.

JAC. Amiga del rey?

BEN. No... del delfin...

JAC. Ah! Entiendo! Será la duquesa de Etampes del jóven Príncipe!

ESCENA II.

Dichos, EL VIZCONDE DE MARMAGNE.

VIZ. (*desde la puerta.*) Es aquí donde vive un tal... un tal Benvenuto Cellini?

BEN. (*con altivez al Vizconde.*) Esta es la morada de Benvenuto Cellini, el artista de Florencia, á quien el papa Clemente VII alojó en su palacio en Roma, y al que el rey de Francia Francisco I, suplicó viniese á su corte, dándole por albergue esta mansion régia. Qué quereis?

VIZ. Sois orgulloso?

BEN. Con ese orgullo que vos nunca tendreis; el del genio! — Hablad!

VIZ. (*ap.*) El del mal genio, debia decir. (*alto.*) Me han asegurado que sois muy hábil en vuestro oficio...

BEN. En mi arte, direis.

VIZ. Vuestro arte, sea; no disputemos por vanas palabras... Aquí vengo á mandaros hacer un collar.... para una dama conocida mia... Ah! ah! Pero es menester que esté pronto.

BEN. Cuando me encargan algun trabajo los monarcas mas poderosos de la tierra, nunca me fijan término.

VIZ. Es que, querido mio, esa joya debe proporcionarme una conquista que hace tres semanas ambiciono. Figuraos que estoy enamoradísimo de la esposa de un procurador... una muchacha de diez y siete años... alta, rubia, lánguida... Una maravilla en fin... Pero ella se ha mostrado insensible á mis protestas amorosas... lo cual me ha sorprendido mucho, porque yo soy como César, y siempre he dicho: «Vine, vi, y vencí.»

BEN. Oh! A primera vista se conoce. (*á Ascanio.*) Pues es un tonto muy divertido!

VIZ. De modo que como no hay sino dos medios de triunfar del bello sexo, el amor y los diamantes, me he resuelto á conseguir aquel por medio de estos.

BEN. Pobre idea teneis de las mugeres, señor mio! Los corazones que no se dan, no se venden.

VIZ. Decídmelo á mí que soy esperto en la materia! Como que hace veinte años que solo estudio dos cosas: el latin, y la humanidad!

BEN. Y estais muy adelantado?

VIZ. En cuanto al latin, no mucho. Es una fatalidad, no me entra á pesar de mi talento; en cuanto al género humano, conozco á todas las chicas bonitas de Paris.

BEN. De vista?

VIZ. Se entiende! — Luego no puedo presentarme en la corte sin causar un estrago terrible. Quereis creer que al dia siguiente de un baile recibo lo menos las visitas de seis ú ocho padres, que vienen á pedirme mi mano para sus hijas? — Mis enemigos dicen que es por mi dinero... Pues soy rico, muy rico... pero yo estoy persuadido de que lo debo á ser buen mozo.

BEN. Es claro!

VIZ. Ayer sin ir mas lejos, el mismo prevoste de Paris, el caballero Roberto de Estourville, vino á ofrecerme su hija y única heredera, Clotilde, que es una verdadera paloma de hermosura y de inocencia. (*Ascanio se levanta y escucha con atencion.*)

BEN. Y la rehusásteis?

VIZ. Sin vacilar; de modo que sir Roberto se fué con la música á otra parte; es decir, á hacer la misma proposicion al señor conde de Orbec.

ASC (*vivamente.*) Quién es el conde de Orbec?

VIZ. El tesorero de S. M.; un viejo muy libertino y muy avaro, que se ha enriquecido como otros tantos con el manejo de los caudales públicos.

ASC. Y él?

VIZ. El admitió sin dilacion la dote conque se le brindaba; en cuanto á la jóven, poco le importa que sea bonita ó fea, virtuosa ó culpable; habiendo buenos escudos... Conque estamos convenidos; maese Benvenuto, hacedme una cosa de primor, y yo no repararé en el coste porque no regateo nunca. Como soy tan rico! Si quedo satisfecho de vos, os encargaré otras obrillas. Ah, ah, ah! Gracias á Dios, doy mucho que hacer á los pobres!

BEN. Os advierto que yo no lo soy... y aquí (*señalando á la frente.*) tengo mas riquezas que ningun monarca puede darme!

VIZ. Muchos hay como vos, y que sin embargo se mueren en un rincon porque no tienen nada aquí. (*señalando al bolsillo.*)

BEN. (*colérico.*) Señor mio!

VIZ. No hay que incomodarse por eso: aguardo que me servireis pronto y bien. Hola, hola! (*viendo á Catalina.*) No habia reparado en esta alhaja, que es la mejor de vuestro taller! Supongo que no estará de venta? (*gesto amenazador de Benvenuto.*) Ah, ah, ah! No os enfadeis! (*ap.*) Malos humos gasta el hombre! No prosperará! No prosperará! (*vase.*)

ESCENA III.

Dichos, menos EL VIZCONDE.

BEN. Insolente! No sé como he podido contenerme, y no le he arrojado por la ventana!

CAT. Hubierais hecho mal, porque es un ente muy estraño.

BEN. Mi paciencia se acaba pronto, y no estoy acostumbrado á sufrir las bufonadas de nadie.—Pero qué pensativo estás, Ascanio! Conoces por ventura á la persona para la cual quiere el collar ese necio?

ASC. No señor.

BEN. Y á la hija del prevoste de París?

ASC. (*estremeciéndose.*) Tampoco.

CAT. Entonces, Ascanio, yo soy mas feliz que vos, porque la conozco y muy bien. Toma! Pues si habita ahí, en el gran Nesle!

BEN. Sola?

CAT. Solita con su aya, la señora Gervasia, una dueña de aspecto risueño, y de amable condicion. No es verdad, Jacobo?

JAC. Sí; tiene muy buenas carnes! (*suspirando.*)

SIM. Con que por lo visto...? Ah, ah! (*todos se rien.*)

JAC. Me la encuentro con frecuencia al salir y al entrar aquí, y me saluda con una gracia, con una afabilidad! Es una hermosura... un poco antigua.... pero de un carácter grandioso y severo.

CAT. Carácter severo? Pues si se pasa las horas enteras charlando conmigo, y tiene un humor, unas ocurrencias!.. Como que me ha confesado que está enamorada!

JAC. (*dejando de trabajar.*) Ah!..

CAT. (*mirando de sostayo á Jacobo.*) De... de... de un mocito muy enredador y muy travieso.

JAC. (*con alegría.*) Oh!..

BEN. Habita ahí tambien el prevoste?

CAT. No por cierto; ese reside en el Chatelet para admitir los huéspedes que llegan..

JAC. Me alegraré de no ser del número jamás. Y eso que allí nada cuesta el hospedaje. Dicen que el que entra en aquella carcel sombria no vuelve á salir de ella nunca.

BEN. Eso es falso!

JAC. Falso?

BEN. Sí; suele salir para la horca.

JAC. Cáspita! Pues es peor el remedio que la enfermedad!

CAT. Como iba refiriendo, la señorita Clotilde vive sola con la dueña y un jardinero. Lástima que joven tan linda se encierre en el fondo de ese inmenso palacio! Yo se lo he dicho á la señora Gervasia, y ella me ha prometido traerla aquí un dia de estos para que vea las joyas y escoja algunas.

JAC. Y ASC. De veras? (*suena un fuerte aldabonazo en la puerta esterior.*)

CAT. (*levantándose.*) Y acaso sean ellas las que llaman.

ASC. Ves corriendo, Catalina; no debemos hacer esperar á persona de tan alta clase.

BEN. A dama de tan peregrina hermosura!

JAC. A dueña de tan ameno trato.

CAT. Voy, voy, voy!

ASC. (*ap.*) Dios mio! Se realizará mi esperanza?

JAC. (*ap.*) Cielos! Si será! si será?

CAT. (*volviendo precipitadamente.*) Ay señor! Ay señor!

BEN. Qué ocurre?

CAT. Si no puedo hablar..! La sorpresa, la admiracion, la... Si no puedo hablar!

BEN. Y sin embargo, eres una tarabilla. Esplícate.

CAT. Qué trages tan magníficos! Y qué caballos! Y qué damas!

BEN. Acabarás?

CAT. Y luego... luego... Si no puedo hablar!..

BEN. Con mil diablos...

CAT. Y luego... El rey!

BEN. El rey en mi casa!

TODOS. El rey! (*todos se levantan y lanzan un grito, corriendo hácia Francisco I que aparece ahora en los jardines, rodeado de una corte brillante, y dando la mano á la duquesa de Etampes.*)

ESCENA IV.

Dichos, EL REY, LA DUQUESA, DIANA, ROBERTO DE ESTOURVILLE, EL CONDE DE ORBEC, *y otros cortesanos.*

BEN. (*arrodillándose delante del rey y besándole la mano.*) Señor! Semejante honra!...

REY. Levantad, Benvenuto. Qué tiene de estraño que yo venga á haceros una visita? No somos los dos soberanos, yo de Francia, vos del arte? Luego somos amigos; luego somos hermanos!

BEN. Aunque V. M. me diese todos los tesoros de su reino, todas las joyas de su corona, yo no las estimaria como estimo esas palabras.

REY. Mucho deseaba veros, Cellini, porque en los dos meses que llevais de residencia en París, una sola vez habeis ido al Louvre; de modo que viendo que vos no ibais allá, he querido yo venir aquí.

BEN. Tanta bondad!

REY. Así, no he podido tampoco presentaros á las personas mas ilustres de mi corte; y como deseo que cuantos yo amo, se amen igualmente entre sí, les he rogado que me acompañasen para que hagais conocimiento con ellos.—Benvenuto, esta es la duquesa de Etampes, una de las maravillas de la Francia, por su hermosura y por su ingenio; esta la ilustre é incomparable Diana de Poitiers, de quien sin duda os habrá hablado la fama. Al lado de la belleza, y para formar contraste, pondré á la autoridad pública; este es sir Roberto de Estourville, prevoste de mi buena ciudad de París...

ASC. (*ap.*) Su padre!

REY. Y este el conde de Orbec, tesorero de mi real casa...

ASC. El conde! (*el rey sigue presentando á Benvenuto los demas cortesanos.*)

REY. Señores, Benvenuto no es solo un insigne artista, sino tambien un cumplido caballero, noble como el que mas; señores, Cellini no es únicamente un gran escultor, sino que es asimismo un guerrero esforzado, cuya espada se ha esgrimido en mi defensa. Él dió muerte ante los muros de Roma al condestable de Borbon, que me habia sido traidor.

BEN. Gracias al cielo, señor, sé hacer un poco de todo. Soy ingeniero regular, é impedí dos veces que fuese tomada la capital del mundo cristiano: no me doy muy mala maña para componer un soneto, y si V. M. me encarga un poema, con tal de que sea en su alabanza estoy seguro de que será tan bueno como si yo me llamase Marot. En cuanto á la música, que mi padre me enseñó á palos, gracias á este método enérgico, aprendí lo bastante para que Clemente VII me contase en el número

de sus cantantes predilectos; en fin, como cazador maté veinticinco venados en un dia, y si S. M. declara la guerra, y necesita de mi espada, verá que no soy muy torpe, y que tan bien me ingenio para manejar un arcabúz, como para apuntar una culebrina.

DUQ. Y entre vuestras hazañas, de cual estais mas orgulloso, de la muerte del condestable, ó de la caza de los veinticinco venados?

BEN. Ni de lo uno ni de lo otro, señora. La destreza, como todos los demas dones, procede de Dios, y yo solo he usado de mi destreza.

REY. Bien respondido.

BEN. Ahora, puesto que V. M. me llamó antes soberano, permítame que le presente mi pequeña corte, mis discípulos, mis hijos.—Este es Ascanio Gaddy, noble como yo, florentino como yo, como yo tambien hábil escultor ya y aventajado platero.

DUQ. Tanto es eso cierto, que su fama llegó hasta mis oidos, y hace dias que le encargué una lis de oro, para la cual ahora le traigo la pedrería. (*á una seña suya un paje entrega á Ascanio un cofrecito.*)

ASC. Y ya tengo concluido el diseño de la regia flor, que hoy mismo pensaba llevar á la señora duquesa. (*Benvenuto sigue presentando los otros discípulos al rey.*)

DIA. (*ap.*) Con qué interés le contempla! No hay duda!

REY. Señoras, va á ser indispensable que nos permitais admirar á vuestro lado; (*á la duquesa y á Diana.*) asi, rogaré á Benvenuto que nos enseñe esos prodigios de su arte, esos vasos y esos jarrones que recuerdan ventajosamente los de la antigüedad.

BEN. En el instante voy á traer...

REY. Traer? Nada de eso; iremos nosotros y recorremos vuestras magníficas galerías. Estais contento del palacio de Nesle?

BEN. Si señor.

REY. Si no decidlo, y os daremos otro, aunque nos cueste desalojar de él á alguno de nuestros cortesanos, que antes que ellos son los artistas, instrumentos sublimes de la mano de Dios.

BEN. Agradezco en el alma esa bondad, pero no necesito aprovecharme de ella.

REY. Pues vamos! (*encaminándose hácia las habitaciones interiores.*)

DUQ. Al punto sigo á V. M., señor; deseo antes ver el trabajo de Ascanio, y darle mis últimas instrucciones.

DIA. (*ap. al marcharse.*) Quiere quedarse sola con él! (*vanse todos, siguiendo al rey, y dejan solos á la duquesa y á Ascanio.*)

ESCENA V.

La Duquesa, Ascanio.

DUQ. (*con alegría y pasion.*) Con que habeis pensado en mi, Ascanio?

ASC. (*friamente.*) Ya lo veis, puesto que he concluido el dibujo. (*presentándoselo.*)

DUQ. Siempre frio é indiferente conmigo... Conmigo que os amo tanto! (*movimiento de Ascanio.*) Si, si; bien lo sabes, bien lo sabes! Está pasion es mas poderosa que todo... No puedo, no púedo ocultarla! Hasta ahora no he sabido lo que es un amor ardiente, esclusivo, violento, que se aviva con el desden, que crece con la indiferencia! Hasta ahora ignoraba cuanto se sufre, cuanto, al ver prodigar á otra aquello mismo que una para sí codicia!

ASC. Señora!

DUQ. Ascanio, no me desprecies porque se escapen estas chispas del volcan impetuoso de mi alma! No me desprecies, porque incapaz de reprimirme, confieso aquí un sentimiento indomable! No me desprecies, en fin, Ascanio mio, porque te amo... y es menester que tu me ames tambien! Mírame, mírame, y leerás en mis ojos una adoracion tan profunda, tan grande, que acaso te apiadarás de mi!

ASC. Debo ser franco y leal con vos, como lo he sido antes, como lo seré siempre, aun á riesgo de desagradaros y de ofenderos; amo á Clotilde, y no amaré nunca sino á ella!

DUQ. Pero tú mismo me has dicho que ella no te corresponde! Además, crees que su padre, Roberto de Estourville, orgulloso y avaro, consentirá en que tú, pobre artista, desconocido, oscuro, humilde, seas el esposo de su hija? Que locura! Que locura! Entre tanto como puedes ambicionar, y que yo puedo darte, apeteces solo lo que jamás será para ti.

ASC. Jamás? Entonces no quiero nada!

DUQ. Eres un niño, un niño voluntarioso, que se aficiona á un juguete, y que rehusa los otros porque no le conceden aquel. No, no; yo no debo consentir en que seas desgraciado por un capricho, por una manía pueril! Tan jóven, tan inspirado, tan bello, puedes aspirar á un porvenir brillante, Ascanio mio! (*una pausa.*) No has deseado alguna vez, por ejemplo, los honores, las riquezas, la gloria?

ASC. Si. Hace un mes que los deseo ardientemente.

DUQ. Tornarias con gusto á tu pais, á la Italia?

ASC. Oh! Si! Alli hay siempre flores en el campo, sol en el dia, estrellas en la noche! Alli el aire es siempre puro y tibio... alli todo es poesía y amor!

DUQ. Pues bien: yo te ofrezco vivir en Italia, omnipotente, casi soberano; tú protegerás á los artistas, á Benvenuto el primero; tú les darás el oro, la plata, el bronce, para que lo trabajen y lo fundan! Y luego, amarás y serás amado... Dime, Ascanio; no es esta una perspectiva inmensa de felicidad?

ASC. Seria el paraiso, si fuese Clotilde la que estuviera á mi lado...!

DUQ. Aun Clotilde! Mas olvidas siempre que ella no te ama!

ASC. Antes no lo creia... pero hoy... quién sabe! (*una pausa.*) No me amais vos, señora...?

DUQ. Ah...! Pero ignoras que vá á casarse con otro?

ASC. Acaso la obliga su padre.

DUQ. Su padre la obliga! Crees que si yo estuviese en su lugar, existiria en el mundo una fuerza, una voluntad, un poder que nos separase al uno del otro? No, no; te lo repito; Clotilde no te ama...!

ASC. Y yo desde que he visto al esposo que le destinan, he adivinado que tampoco debe amarle...!

DUQ. Y si no fuéseis ninguno de los dos; si hubiese otro, jóven, brillante, poderoso... qué harias?

ASC. Nada...! Sufrir y amarla...!

DUQ. Eres muy cruel, muy cruel para mí! Ni una palabra de esperanza, ni una sola de gratitud, cuando yo estoy dispuesta á sacrificártelo todo!—Quieres fausto, poder, grandeza...? Habla, y yo te lo daré.—Quieres que renuncie por ti á cuanto poseo; que abdique mi clase y mis títulos; que trueque mis galas y mis diamantes por un traje humilde y una flor que tu me hayas dado? Prefieres esto, Ascanio? Entonces, abandonemos Paris, la córte, el mundo. Partamos... Refugiémonos en un rincon de tu Italia, bajo los pinos seculares de Roma, ó junto al bello golfo de Nápoles. Habla, Ascanio, habla; yo estoy pronta; yo te seguiré cuando tú lo mandes.

ASC. Y el rey, señora, y el rey?

DUQ. (*con alegría.*) Dios mio! Seré yo tan venturosa que tengas celos?.—Si lo deseas, mañana habré roto con él, con sus cortesanos. Además, no te sacrificaré gran cosa. Todos esos hombres no valen lo que una de tus miradas.—Así, elige, elige, Ascanio, entre ser poderoso por mí y conmigo, ó ser yo pobre por ti y contigo! Esta sola idea me hace delirar de placer y ventura! Ah! Si, siquiera me digeses que me amarás algun dia, mas tarde, mucho mas tarde!

ASC. Señora!

DUQ. No me llames señora; no me llames tampoco Ana, sino Luisa, que es mi nombre tambien; pero un nombre que nadie me ha dado, y que será únicamente para ti. Luisa! Luisa! No es verdad que es un nombre muy dulce?

ASC. Yo sé otro que lo es todavia mas!

DUQ. (*con ira.*) Cuidado, cuidado, Ascanio; si me haces padecer así, quizás llegaré á odiarte tanto como ahora te amo!

ASC. Perdonadme! Perdonadme! Pero es que vos trastornais mi cabeza, y destrozais mi corazon. Si os digo palabras duras, es para despertarme á mi mismo, para huir de la tentacion, para escapar del peligro...! Porque viéndoos aquí, á vos, tan hermosa, tan festejada, casi reina, pedir mi amor con acento apasionado, necesito invocar el nombre y el recuerdo de Clotilde, para no caer en un abismo en que nos perderiamos los dos!

DUQ. Acaso crees que me arrepentiré algun dia de lo que ahora te ofrezco? Oh! Tú no me conoces! Quieres una prenda, quieres una garantía? Aguarda un momento, aguarda un momento. (*corriendo á una mesa donde hay recado de escribir, y trazando apresuradamente algunas líneas.*) Ten, y duda todavia si te atreves!

ASC. (*leyendo el papel.*) «Ascanio, yo te amo: sígueme á donde voy, ó déjame seguirte á donde tú vayas.—Ana de Heilly, duquesa de Etampes.»

DUQ. Ya ves como ante nada resisto, como á todo estoy resuelta. Ya ves si te idolatro, cuando dejo en tu poder mi honra, mi reputacion, hasta mi vida! En cambio, yo no te pido mas que un poco de afecto, un poco de cariño, un poco de amor...! Amame, Ascanio, amame, amame...! (*viendo aparecer á Diana, cambiando de tono, y fingiendo que examina el dibujo.*) Diana!—Guardad pronto ese papel...!—Con que es cosa convenida; las hojas serán de esmeraldas, la flor de rubíes, y en el centro colocaremos un diamante.

ESCENA VI.

Dichos, DIANA.

DIA. (*ap. observándolos.*) Han mudado de conversacion! Están confusos! (*alto.*) Duquesa, mucho os ocupais de vuestra flor, cuando por ella renunciais á ver las maravillas que tiene Benvenuto en su palacio.

DUQ. Es porque espero que esta sea otra tambien. Y vos no encargais nada á nuestro jóven artista?

DIA. Soy poco aficionada á joyas, duquesa. Creo que cuando una es jóven, no las necesita, y que solo son indispensables cuando el brillo de la hermosura comienza á eclipsarse.

DUQ. Y como sois tan bella, Diana...

DIA. Menos que vos, sin embargo; á vos há largo tiempo que todos os lo repiten, y á mí ahora empiezan á decírmelo.

DUQ. (*ap. furiosa.*) Insolente! Yo la castigaré!

DIA. (*ap. con júbilo.*) Orgullosa! La he humillado!

ESCENA VII.

Dichos, el REY, BENVENUTO, *los cortesanos y los discípulos.*

REY. (*sale precipitadamente con una copa de oro en la mano.*) Duquesa, duquesa, dónde estais? Venid, venid á admirar este prodigio del arte. Ved que forma tan atrevida y tan nueva! Que delicadeza en los relieves! Que gracia y que verdad en las figuras! Mirad este precioso niño medio oculto entre las flores, y respondedme si habeis visto nada que pueda compararsele.

BEN. Esos elogios me son mas gratos que cuantos hasta ahora he oido; porque si otros monarcas han sabido admirarme, solo vos habeis sabido comprenderme.

REY. Ignoro quien siente mayor satisfaccion, si el príncipe que encuentra un artista como vos, ó el artista que halla un príncipe capaz de comprenderle. Yo creo que mi placer es mas grande.

BEN. Oh! No señor! El mio!

REY. El mio, el mio!

BEN. No me atrevo á resistirme á V. M., pero...

REY. Entonces digamos que tanto valen el uno como el otro.—Benvenuto, es menester que me hagais alguna obra maestra inmediatamente. Necesito doce candelábros para mi mesa, y quiero que sean doce estátuas de plata.

BEN. Debe ser magnífico!

REY. Esas estátuas representarán seis dioses y seis diosas, y serán exactamente de mi altura.

BEN. De vuestra altura, en efecto, señor!

DUQ. Pero piense V. M. que pide una cosa muy difícil. No es verdad, señor Benvenuto?

BEN. No hay nada difícil para mí.

DUQ. Veo que teneis tanta vanidad como ta-

lento.

BEN. Vanidad no, orgullo si, señora.

DUQ. Pues contad, amigo mio, con que si no cumplis lo ofrecido, yo os declararé la guerra! (*con intencion.*)

BEN. Ni desecho la paz, ni me asusta la guerra, por temible que sea el adversario.

DUQ. Veremos quien triunfa!

BEN. Lo veremos! (*la duquesa le lanza una mirada de enojo, y se aparta de él.*)

REY. (*que durante este último diálogo contemplaba todavia la copa.*) Con que, Cellini, os recomiendo mi Olimpo, y como naturalmente empezareis por Júpiter, cuando hayais terminado el modelo, ireis á enseñármelo sin tardanza.

BEN. Eso se dice fácilmente; mas cómo entraré en el Louvre?

REY. Con este anillo os dejarán pasar siempre que os presenteis. Y ahora, oidme, Benvenuto, y vosotros tambien, señores: empeño aqui mi palabra de rey y de caballero, de otorgaros cuanto me pidais, sea lo que fuere, y si está en mi mano el concedéroslo, el dia que me presenteis mi Júpiter concluido. Y por si yo olvidase esta promesa, que no la olvidaré, os mando á todos que me la recordeis, y especialmente á vos, señor Canciller, y á vos, señor Condestable de Francia.

BEN. (*arrodillándose de nuevo y besando la mano que el rey le tiende.*) Sois un gran monarca, señor, y yo me avergüenzo de poder hacer tan poco, por vos, que haceis tanto por mi!

REY. Adios, mi artista, mi escultor, mi amigo! (*le hace un saludo afectuoso, y se dirige de nuevo hácia los jardines seguido de toda su córte. Benvenuto se levanta y se queda inmóvil un momento, como saboreando su alegria; despues esclama con entusiasmo.*)

BEN. Ah! Para haber vencido y aprisionado en Pavia al rey Francisco I, debe ser un pueblo de héroes, debe ser la España una nacion gigante! (*corre en seguimiento del rey con Ascanio y sus discípulos, mientras se oye la marcha régia á lo lejos.*)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

EL MERCADER DE SU HONOR.

El jardin del palacio grande de Nesle: en el fondo y lo lejos las habitaciones; á la derecha una tapia, que divide el pequeño Nesle del grande: una puertecilla en ella, debajo un banco de piedra; á la izquierda un cenador, y junto una calle de árboles.—

ESCENA PRIMERA.

JACOBO AUBRY *aparece montado en la tapia y como en disposicion de saltarla.*

JAC. (*llamando á media voz.*) Gervasia! Gervasia! No viene, y yo me voy cansando, porque la postura no es muy cómoda. Pues si tarda mucho, salto aunque luego grite que la comprometo.—Y á fé que la tal dueña es una matrona de mi flor!—Estoy orgulloso de su conquista... aunque á decir verdad, yo no sé quien ha conquistado á quien. Cáspita! Y anoche me alarmó cuando hablándome de sus escrúpulos de conciencia, me insinuó algo de matrimonio. Tanto me asustó, que tuve mas tarde un sueño, una pesadilla horrorosa! Soñé que estábamos casados, y que... Dios me libre! Mucho la quiero á la pobre Gervasia, pero casarme... Eso es cosa muy seria!

ESCENA II.

Dicho, GERVASIA.

GER. (*saliendo y viéndole.*) Nuestra señora de Paris me valga! Qué haceis ahi?

JAC. (*disponiéndose á bajar.*) Lo que veis, querida mia.

GER. Vais á comprometerme! A estas horas... á media tarde! Dios mio! Si os viesen!.. Por qué habeis venido tan temprano?

JAC. En primer lugar porque no puedo vivir lejos de vos, Gervasia, y en segundo, porque ha habido dispersion completa en el taller. Maese Benvenuto se ha ido á Fontainebleau á presentar al rey el modelo de su Júpiter, una obra maestra que ha hecho en quince dias... mientras que nosotros solo hemos hecho el amor, y no en efigie. Ascanio ha tomado un cofrecito de joyas, y ha salido tambien: por último, Paolo el hipócrita, se ha marchado á ver á su duquesa de Etampes, de quien es el protegido, ó por mejor decir, el espia; y yo he volado aqui para veros y admiraros. (*se dispone á bajar.*)

GER. Jacobo, si me amais, partid!

JAC. Porque os amo no puedo complaceros.

GER. Esta es precisamente la hora en que Clotilde viene á sentarse en este banco que es su sitio favorito! (*viendo que Jacobo hace un nuevo movimiento.*) Imprudente! sino os vais os retiro mi amor.

JAC. Vuestro amor? Esa palabra es omnipotente. Me volveré á casa del maestro, á pensar en vos.

GER. En mi? Siempre en mi?

JAC. Siempre!

GER. Y yo tambien! Porque os lo juro, Jacobo mio, sois el primer hombre á quien he amado en el mundo!

JAC. (*ap.*) Pues no ha sido muy precoz!

GER. Qué escusa tendria sino mi falta? Ay! no estaré tranquila hasta que el Señor haya vendecido nuestros lazos!

JAC. (*ap.*) Otra vez? Es una idea fija. (*alto.*) Adios, mi querida Gervasia!

GER. Adios, Jacobo mio! (*alejándose.*)

JAC. Gervasia?

GER. Todavia ahi? Qué quereis? (*volviendo.*)

JAC. Repetidme que me amais!

GER. Ingrato! No sabes que te adoro?

JAC. Dame á besar esa linda mano!

GER. (*subiéndose sobre el banco y tendiéndosela.*) Hay medio de rehusarle nada?

JAC. No acierto á separarme de ti!

GER. Cuando estaremos unidos para siempre!

JAC. Oh!.. (*arrojándose violentamente al otro lado.*)

ESCENA III.

GERVASIA *sola.*

Qué genio tan vivo tiene! Por poco no se mata! Ya se ve, la alegria que le ha causado mi idea... Y no me produce á mi menos el pensar en semejante dicha! Gervasia! Gervasia! Lo que vale tener una buena vecindad! Sino acaso hubieras muerto doncella! Y es un mozo de provecho mi Jacobo! Tan alegre, tan cariñoso, tan atrevido!... Demasiado atrevido! (*se oye un aldabonazo dentro.*) Me parece que llaman... voy á abrir. Quién puede venir á estas horas?

ESCENA IV.

CLOTILDE, *luego* GERVASIA.

CLO. (*sale andando lentamente y con un libro en la mano, y va á sentarse en el banco con abatimiento.*) Aqui le vi la última vez! Cuanto tiempo hace ya!.. Dos semanas! Todos los dias le espero, y todos los dias me engaño... Y yo le dige que volviese.—No, no me importa no verle... Pero cuando una se propone algo por indiferente que sea... cuando aguarda contemplar... las joyas que me habia prometido... Eso siempre contraria... siempre disgusta... Creo que si fuera él el que ha llamado, me negaria á recibirle... Porque ya no necesito nada... nada!

GER. Señora!.. señora!.. Sabeis quién está ahí? Aquel joven, aquel...

CLO. Ah!.. (*repriméndose.*) No sé quien dices, Gervasia.

GER. Aquel tan lindo, tan gracioso, tan tímido... No os acordais? El que estuvo hace quince dias... El vecino, el discípulo del platero, que os trae una coleccion primorosa de alhajas, para que escojais.

CLO. Lo habia olvidado!.. Dile... Dile... que no quiero ninguna.

GER. Ninguna?

CLO. Ninguna.

GER. (*yéndose.*) Qué lástima!

CLO. Gervasia?

GER. (*volviendo atrás.*) Señora?

CLO. Sabes tú si me hace falta algo?

GER. Yo?.. no.

CLO. Pues que se vaya, que se vaya...

GER. Está muy bien (*marchándose.*)

CLO. Oye... ¿Son muy buenas las joyas que trae?

GER. Magníficas!

CLO. Casi estoy por verlas.... solo por curiosidad!

GER. Y no habeis de comprar nada?

CLO. Tienes razon... No, que no entre.

GER. (*marchándose.*) Habrá caprichosa!

CLO. Gervasia?

GER. Otra vez?

CLO. Mira, pienso que hace mucho tiempo que no te regalo... Haz pasar á ese... á ese joven, y te escojeré alguna cosa bonita.

GER. Gracias á Dios! Voy corriendo! (*vase.*)

ESCENA V.

CLOTILDE, *luego* GERVASIA *con* ASCANIO.

CLO. Cómo tiemblo! Cómo tiemblo! De frio sin duda... Es tan húmedo este jardin! Y sin embargo, mi frente se abrasa... Será de tanto leer! Y aqui, (*señalando al corazon.*) siento una opresion, una alegria, y una tristeza... quiero reir y llorar á la vez!

GER. (*siguiendo á Ascanio que anda muy deprisa.*) Se conoce que no habeis olvidado el camino, amiguito. No, no necesitais guia.

ASC. (*ap. viéndola.*) Allí está!

GER. (*enseñándosela.*) Allí está!

ASC. Donde? Ah! No la habia visto! Señora... (*ella le saluda en silencio.*)

GER. Qué haceis en pié? Sentaos á su lado, y enseñadla todo lo que haya en el cofrecito. Yo pronto vuelvo.

CLO. Te vas, Gervasia?

GER. Tengo que encender la lámpara del oratorio y que rezar mis devociones acostumbradas. (*ap. alejándose.*) Lo mejor es dejarlos solos para que Clotilde elija con toda libertad mi regalo. Si yo estuviese delante pareceria que la obligo... Si, si: vámonos! (*vase.*)

ESCENA VI.

CLOTILDE, ASCANIO.

ASC. Señora, me habiais dado permiso para que os trajese algunas joyas...

CLO. Y yo creí que lo habiais olvidado!

ASC. Olvidarlo!.. Ah! Es que no queria volver!

CLO. Y por qué?

ASC. Por qué?.. Ya puedo confesároslo... porque os amaba.

CLO. Y ahora? (*con ansiedad.*)

ASC. Ahora he medido la distancia que nos separa; ahora no ignoro que sois la prometida esposa de un conde!

CLO. Infeliz de mi!

ASC. Ah! Yo lo habia adivinado! No era posible que le amaseis!

CLO. Sabeis el sentimiento que me inspira? Terror, espanto!

ASC. Entonces... aun podemos ser felices... entonces aun podeis amarme! No, no bajeis los ojos, Clotilde; no os ruboriceis de este amor, casto, inmenso, sublime, que Dios ha puesto en nuestras almas! Cuando supe que estabais prometida á otro, pensé morir de dolor; luego haciendo un esfuerzo sobrehumano, quise huir de vos, y olvidaros!

CLO. (*tristemente.*) Olvidarme!

ASC. Ya veis que no lo he conseguido, pues que he vuelto! Al contrario, mi pasion se ha avivado con la lucha: antes os amaba, ahora os idolatro! Por eso he venido; á haceros árbitro de mi suerte, de mi existencia! Yo no quiero esta sin vos! Hablad; una sola palabra basta! He de morir, ó he de vivir?

CLO. (*despues de una pausa, y con rubor.*) Vivid!

ASC. Oh! (*arrojándose á sus pies y besándole las manos.*)

CLO. Oidme, Ascanio: mi madre espiró al darme á luz, y tampoco me ha cabido la suerte de tener padre, porque no lo es sin duda ese anciano duro é insensible, que aunque me llama hija, nunca ha puesto sus labios sobre mi frente; nunca me ha prodigado frases de ternura; nunca me ha tendido sus cariñosos brazos! Aquí nací, he crecido, aquí he vivido, siempre sola y abandonada! Asi, soy una pobre niña, ignorante del bien como del mal: que no sabe nada de la vida; que no conoce nada del mundo! Y sin embargo, al veros por primera vez, Ascanio, comprendí y juré que solo seria vuestra ó de Dios!

ASC. Angeles del paraiso, oidla, y envidiadme.

CLO. No os entregueis á una alegria insensata! amigo mio... Porque bien veo que solo seré de Dios! Nunca consentirá mi padre en nuestro enlace; y yo no faltaré tampoco nunca á mis deberes!

ASC. No, no! Es cierto que nosotros dos nada podemos, pero yo hablaré á mi querido maestro, á Benvenuto Cellini, y estoy seguro de que él nos hará felices: nada resiste en la tierra á su voluntad omnipotente; lo que él quiere, él lo hace; lo que intenta, lo consigue siempre. Luego, el rey le llama su amigo, su hermano; no ha mucho visitó su taller, y le colmó de bondades!

CLO. Entonces confiadselo todo á Benvenuto, y que disponga de nuestra suerte.

ASC. Mañana se lo revelaré! Me quiere tanto! Es mi padre, mi hermano, mi amigo! Si, Clotilde, ahora estoy lleno de confianza y de valor; él nos protegerá!.. él nos salvará!

ESCENA VII.

Dichos, GERVASIA *que sale precipitadamente.*

GER. Señora, somos perdidas! El señor prevoste acaba de entrar por la otra puerta acompañado de dos caballeros; os busca, y se dirige hácia aquí.

CLO. Cielos!

GER. Si hiciéramos salir á este jóven, le encontraria en el camino, y entonces, pobres de nosotras, pobre de mí!

ASC. Esa tapia no es demasiado alta, y puedo...

CLO. Os verian!

GER. No hay un minuto que perder; entrad en ese cenador; y estaos quieto y callado hasta que yo os llame.

CLO. Corred.

ASC. Tranquilizaos. (*entra en el cenador; casi al mismo tiempo aparecen por el fondo Roberto, el conde de Orbec, y el vizconde de Marmagne.*)

GER. Ellos son.

CLO. (*ap.*) Yo tiemblo!

ESCENA VIII.

CLOTILDE, GERVASIA, ROBERTO, EL CONDE, Y EL VIZCONDE.

ROB. (*á Gervasia.*) Dejadnos.

GER. (*ap. yendose.*) Qué gesto trae! (*vase.*)

ROB. Clotilde, escúchame: S. M. el rey, á quien soy deudor de tantas mercedes, se ha dignado interesarse por tu matrimonio con el señor conde de Orbec, indicándome su deseo de que se realice en breve; y queriendo yo darle una prueba de gratitud y respeto, he decidido que se celebre mañana.

CLO. (*con espanto.*) Mañana?

ROB. Dentro de una hora vendrá á buscarte una de las damas mas ilustres de la corte, la bella duquesa de Etampes, mi protectora y amiga, en cuyo palacio debes permanecer hasta que se verifique la ceremonia del casamiento, que será en la capilla de S. M., y á las dos de la tarde.

CLO. (*fuera de sí.*) No! no! Esto no es posible!.. Es un sueño... un sueño horroroso!

VIZ. (*con ironia al conde.*) Parece que no se alegra mucho de su ventura. Ah, ah, ah!

ROB. Qué dices?

CLO. Tan pronto! tan pronto!

ROB. Te atreves á oponerte á mi voluntad?

CLO. Padre mio, yo creia, yo esperaba...

ROB. Qué creias? Qué esperabas?

CLO. Que me permitierais permanecer siempre junto á vos, prodigandoos mi afecto, mis cuidados...

ROB. No soy todavia tan viejo que necesite de ellos; y tú estás ya en edad de casarte.

CLO. Al menos, señor, concededme algunos dias para acostumbrarme á esa idea!

CON. Qué diablo, querida mia! No es una cosa tan terrible lo que os proponen, y os aconsejo que me acepteis sin aspavientos ni lamentaciones. Conmigo sereis tan feliz como la primera, y mas de una os envidiará, os lo prometo. Yo soy rico, bastante rico, y quiero que me hagais honor; ireis á la corte con galas tan magnificas, con joyas tan costosas, que no las tendrá mejores ni la misma duquesa de Etampes.

CLO. Y qué me importa? Yo preferiria el claustro!

ROB. Mis deseos son órdenes, ya lo sabes: dentro de una hora abandonarás este asilo; mañana serás condesa de Orbec.

CLO. Señor! señor!

ROB. Retiraos! Retiraos! (*colérico.*)

CLO. Dios mio! Tened piedad de mí! (*da algunos pasos hácia el fondo, vacila, y cae desmayada sobre un banco que hay junto á la calle de árboles.— Durante esta escena ha anochecido completamente.*)

ROB. Ya lo veis; es un angel de mansedumbre y de inocencia; no es que os profese aversion, querido conde, sino que se asusta de todo, del mundo, del matrimonio, de la corte... Tendreis una muger como pocas, amigo mio! Yo espero tambien que la hareis venturosa!

CON. Lo dudais?

ROB. Si lo dudase, no os la entregaria. Ahora permitidme que vaya adentro á tomar varios papeles que necesito para el contrato. Todo en vuestra ventaja, conde, todo.=Aguardadme aquí, ó pasad allá, como gusteis: yo pronto vuelvo. Con vuestro permiso, señores.

CON. Id con Dios. (*vase Roberto.*)

ESCENA IX.

EL CONDE DE ORBEC, EL VIZCONDE, CLOTILDE *en el banco.*

VIZ. Veo con disgusto, d' Orbec, que vuestra suerte es mucho menos envidiable de lo que presumia! Ah, ah, ah! Ciertamente que la niña es un prodigio de hermosura; mas en cuanto al cariño que os tiene, creo que no es cosa mayor.

CON. Con el tiempo...

VIZ. Si, con el tiempo... os llegará á aborrecer... y algo mas.—La verdad, querido, habeis aguardado un poco tarde para la boda; ya estais cascadillo, y es seguro que ninguna se casaria con vos por amor.=Y si vuestra futura tuviese otro amante?.. Ah, ah, ah! (*Clotilde que ha vuelto poco á poco en si, escucha con atencion.*)

CLO. (*ap.*) Qué dice?

CON. Poco me importaria, Vizconde; y para haceros arrepentir de vuestras bufonadas, casi estoy por revelaros un secreto...

VIZ. Un secreto? Acaso para rejuveneceros? Para tornar negros vuestros cabellos grises; para enderezar vuestro talle encorvado, para adquirir agilidad, gracia y belleza?—Esas son ilusiones, amigo mio, y os aconsejo que no hagais la prueba. Sin duda necesitariais un físico tan aventajado como el mio para haceros amar de esa chiquilla. Oh! seguro estoy de que si yo hubiese aceptado su mano, que el prevoste me ofreció antes que á vos, no habria sido tan grande su miedo al matrimonio.

CON. Cuando os digo...

VIZ. Que os casais por el interés? Eso lo creo: Clotilde debe tener una dote soberbia.

CON. Y si este enlace me produgese mas todavia?

VIZ. Cómo?

CON. No soy tan fátuo, querido Vizconde, que me juzgue capaz de inspirar amor á una joven sentimental y romancesca; pero estoy seguro de que mi enlace será causa de mi elevacion.

VIZ. No estais contento con vuestro empleo de tesorero del rey?

CON. Ciertamente que es muy descansado, muy productivo... Mas qué diriais si me hiciesen canciller?

VIZ. Canciller á vos?.. Vamos, contádmelo todo; no me hagais las confianzas á medias...

CON. Estamos solos?

VIZ. Enteramente solos. (*Clotilde se adelanta y escucha con ansiedad; Ascanio aparece tambien en la puerta del cenador; al mismo tiempo Gervasia sale del palacio, y se acerca poco á poco hácia el proscenio.*)

CON. Pues oidme, y escuso encargaros la reserva.

VIZ. Sabeis que esa es mi cualidad dominante.

GER. (*conociendo á Clotilde.*) Sois vos, Clotilde? (*en voz baja.*)

CLO. (*lo mismo.*) Silencio! (*haciéndola seña de que permanezca á su lado.*)

CON. Hará unos veinte dias que la duquesa de Etampes me llamó á su palacio.—Conde, me dijo, hay una jóven, rica y hermosa, á quien me interesa casar pronto; y quiero que sea con vos.—Rica? esclamé yo.—Pues contad conmigo.—Luego, prosiguió ella, esta union os traerá mas ventajas de las que imaginais. No habeis pensado nunca en llegar á ser canciller de Francia?

VIZ. Cáspita! Eso os dijo?

CON. Con una dulzura, con una gracia! Señora, contesté, muchas veces lo he pensado, pero jamas lo he creido. - Y sin embargo, conde, lo sereis.—Oidme, continuó la duquesa, y responded despues si aceptais mis condiciones.—Las acepto desde luego, interrumpí yo entonces.—Ya sabeis, repuso Madama d' Etampes suspirando ligeramente, que yo sola no basto para llenar el corazon del rey; que S. M. es inconstante y voluble. No tengo mas remedio para conservar mi poder, que cerrar los ojos ante sus debilidades; pero lo que me interesa es que la muger á quien ame, no sea ambiciosa; que se resigne á ser un instrumento mio. Creed que aun lloro la muerte de esa pobre Maria de Brissac, que ha reinado por mi y conmigo durante tanto tiempo! Ahora bien, escuchad mi proyecto: el rey ha visto á la esposa que os destino, el dia que su padre la presentó en la corte, y ha quedado enamorado de su hermosura...

CLO. Oh!.. (*exhalando un grito ahogado.*)

GER. Dios mio!

ASC. Infamia!

VIZ. Entiendo! Entiendo! Ah, ah, ah!

CON. (*cogiendo del brazo al vizconde y llevándole hácia el palacio.*) Si consentis, añadió la duquesa, reemplazareis á ese imbécil de Poyet, sereis canciller de Francia.

VIZ. Y qué respondisteis?

CON. Me crees bastante necio para rehusar tan ventajosa proposicion? La admití transportado de júbilo, y di las gracias á la duquesa... En cuanto al prevoste, yo respondo de él... Le contentaremos con una nueva gracia...

VIZ. No se puede negar que sois un pícaro afortunado. Ah, ah, ah!.. (*desaparecen por el fondo.*)

ESCENA X.

CLOTILDE, GERVASIA, ASCANIO.

CLO. (*mira alejarse á d' Orbec y al vizconde, y entonces se adelanta al proscenio fuera de sí.*) Vendida! vendida!

GER. (*siguiéndola y consternada tambien.*) Hija mia!

CLO. Quién me protegerá? Quién me salvará?

ASC. (*adelantándose.*) Yo!..

CLO. Vos?.. Habeis escuchado?

ASC. Si, todo!.. Antes me habeis dicho que teneis confianza en mi; probádmelo ahora aceptando lo que voy á ofreceros.

CLO. Hablad!

GER. Si, hablad! Clotilde, Clotilde! (*abrazándola.*) Qué horror! Yo que os he visto nacer, yo que desde entonces no me he apartado un solo momento de vos, yo que os amo como una madre, estoy dispuesta á todo para salvaros de la infamia!

CLO. Contaba contigo, Gervasia mia! (*abrazándola.*) Pero hablad, hablad, Ascanio, porque el tiempo transcurre, y á cada momento temo

ver aparecer á la duquesa de Etampes, que vendrá á arrancarme de aquí, y á consumar sus designios horribles y culpables! Dios mio! Qué le he hecho yo á esa muger para que así me odie, para que quiera perderme y deshonrarme?

Asc. Clotilde, os odia porque me ama; os odia porque yo no la amo!

Clo. Y quién le ha dicho?...

Asc. Yo mismo! Perdonadme!

Ger. Qué escucho! Entonces..?

Clo. (*bajando los ojos.*) Si, Gervasia!

Asc. (*con nobleza.*) Si, señora; nos amamos... y esta revelacion nos destruirá sin duda vuestra confianza! (*Gervasia tiende de nuevo los brazos á Clotilde.*) Clotilde, yo os ofrezco un asilo en el que vuestros perseguidores no sabrán descubriros; en el que vivireis tan segura como en el templo de Dios, y enmedio de sus vírgenes; en el que nada tendreis que temer de mi ni de ninguno.

Clo. Y ese asilo, dónde es?

Asc. En casa de mi padre, en casa de Benvenuto Cellini.

Clo. En vuestra casa? Nunca! Nunca!

Asc. De un convento por oscuro y lejano que fuese, pensadlo bien, podrian arrancaros: en otro albergue cualquiera donde os refugiaseis, sin duda que os podrian encontrar; pero no adivinarán lo que el genio de un hombre ha hecho, lo que la habilidad de Benvenuto ha alcanzado: hacer de una estátua un asilo invisible á todos los ojos, á los de un tirano como á los de un padre; al odio como al amor! Allí vivireis con Gervasia, tranquila é ignorada, aguardando el dia en que concluya Benvenuto una obra maravillosa, por la cual le ha prometido el rey todo cuanto pida; y él, creedlo, Clotilde, él solo pedirá vuestro perdon, nuestra felicidad!

Clo. No, antes me queda otro recurso... Hablaré á mi padre; se lo descubriré todo; es imposible que él consienta...

Ger. No os creerá... Ademas, ¿no oísteis las palabras del conde? «En cuanto al prevoste, respondo de él.. Le contentaremos con una nueva gracia!»

Clo. Acaso se ha visto nunca que un padre venda á su hija?

Asc. Si, hay cortesanos que comercian con su honor; que todo lo sacrifican á su orgullo, á su vanidad, á su encumbramiento!..—Recordad, Clotilde, que es inminente el riesgo á que estais espuesta; dentro de un momento vendrá á buscaros la duquesa de Etampes para conduciros á su casa. Allí no hay salvacion para vos, porque ella os vigilará con el odio de una rival, con el interés de una muger ambiciosa, que os necesita para sus planes!

Clo. Dios mio! Dios mio! Inspiradme!.. (*el teatro se ilumina de repente; óyese dentro un fuerte aldabonazo, y en seguida estas palabras que pronuncia un escudero de la duquesa.*)

Escud. Plaza á la señora duquesa de Etampes!..

Clo. (*fuera de si.*) Ella! Ella!.. Huyamos!.. Huyamos!

Asc. (*á Gervasia.*) Teneis la llave de esa puerta?

Ger. La tengo!

Asc. Abrid!

Clo. Huyamos!... (*Gervasia abre la puertecilla que hay en la tapia, y los tres corren hácia ella; al ir á salir, Clotilde se arrodilla, tiende las manos hácia la casa que va á abandonar, y esclama:*) Protégeme, madre mia!.... Señor, perdonad á mi padre!... (*Ascanio y Gervasia la levantan y se la llevan, volviendo á cerrar la puertecilla; al mismo tiempo cruza el jardin la duquesa seguida de varios pages y escuderos con antorchas.*)

FIN DEL SEGUNDO ACTO.

ACTO TERCERO.

LA ESTATUA DEL DIOS MARTE.

La misma decoracion del acto primero: en el fondo una estátua cubierta con una cortina.

ESCENA PRIMERA.

El Vizconde, Jacobo.

Jac. Con que es decir que venis á buscar vuestro collar, señor vizconde de..? Es muy estraño! Siempre olvido vuestro título!

Viz. Si, amigo; vengo en busca de ese talisman poderoso, con el que he de domesticar y vencer á la fiera á quien adoro.

Jac. Amais á una fiera? Buen gusto!

Viz. Mi ingrata, quiero decir... la muger del procurador... aquella...

Jac. Ah! Aquella de quien nos hablasteis, señor vizconde de... de..?

Viz. Es original; el tiempo en vez de disminuir su indiferencia, la acrece. Querreis creer que ayer me dió un bofeton?

Jac. Cáspita! Y vos, que hicisteis?

Viz. Cual el salvador del mundo, besé la mano que me ofendia: pero ya conoceis que esto no puede durar; y en consecuencia vengo á recoger mi encargo. Está concluido?

Jac. Debo deciroslo en confianza. Es el caso... que no está empezado!

Viz. Cómo! Cómo! Con que el señor Benvenuto olvida y desatiende á una persona de mi clase? Con que no acepta la honra que yo le hago mandándole trabajar? Qué insolencia!

Jac. Os lo diré... tambien en confianza! No os enfadeis... por que estamos todos muy ocupados!

Viz. Ah, ah! En alguna obra para el rey? Entonces...

Jac. No por cierto; estamos muy ocupados... en hacer el amor... individualmente.

Viz. Hola! hola! Contadme eso... (*ap.*) Si yo pudiese robar su querida á alguno, seria delicioso!

Jac. Os lo revelaré... siempre en confianza. Maese Benvenuto se ha enamorado...

Viz. Si? De quién?

Jac. Es un secreto que no os puedo descubrir... porque no lo sé. Pero el hecho es exacto.—Quince dias há que solo se ocupa en esa está-

tua que está ahí, y que representa á Hebe.... y con un afan, con un entusiasmo!

VIZ. Veámosla. (*encaminándose hácia ella.*)

JAC. Guardaos bien de intentarlo! El maestro se ha encerrado aqui para hacerla, y al marcharse ayer á Fontainebleau, de donde no ha vuelto aun, nos dijo: »Hijos mios, que nadie toque á mi Hebe.» Y es tal el amor, el respeto que todos le profesamos, que á ninguno le ha ocurrido siquiera, por curiosidad, la idea de levantar ese lienzo.

VIZ. Luego es una pasion misteriosa..?

JAC. Por la cuenta.

VIZ. (*ap.*) Si yo lo descubriese!

JAC. De suerte que Cellini no ha pensado mas que en su Hebe, y en el Júpiter que le encargó S. M., y cuyo modelo ha ido á presentarle: os aseguro que es una obra maestra que le inmortalizaria, si él no se hubiese inmortalizado antes.

VIZ. Y vos, á quién amais?

JAC. Oh! Yo estoy por lo sólido, por lo positivo. Amo, ó al menos finjo amar, á cierta dueña de unas cuarenta navidades, muy robusta y muy complaciente... Oh! Escesivamente complaciente!

VIZ. Picarillo! Vos sois de mi escuela!

JAC. Paolo, á quien debeis haber visto aqui, pretende los favores de la bella Catalina, modelo acostumbrado del maestro; y en fin, Ascanio... Ah, ah, ah! Eso si que no lo acertariais... Ah, ah, ah! Cosa mas singular!

VIZ. Esplicaos!..

JAC. Veis esa estátua colosal que está ahí, dentro de la pared?

VIZ. La que representa al Dios Marte?

JAC. Pues bien, Ascanio se ha enamorado de ella.

VIZ. Os burlais?

JAC. No por cierto; anoche le encontré tres veces contemplándola; esta mañana no se ha apartado de aqui un minuto... En fin, tanto ha hecho, que el marmol se ha ablandado y le ha recibido en su seno. Ah, ah, ah!

VIZ. No os comprendo.

JAC. Sois amigo de Benvenuto y mio, y bien puedo decíroslo... en confianza.—Os lo confieso; yo tengo un defecto, un solo defecto; el de ser con estremo curioso. Asi, notando que Ascanio contemplaba mucho al Dios Marte, resolví descubrir el misterio, y esta mañana me levanté tempranito, y me oculté ahi.

VIZ. Dónde?

JAC. Detras de la cortina de Hebe... pero os lo aseguro, no la miré siquiera, por no contravenir á la orden del maestro. Apenas hacia un instante que estaba escondido, cuando entró Ascanio de puntillas; miró á todas partes, cerró esa puerta con llaves y se acercó alli. Luego, maravilla increible! Apretando un resorte que hay debajo de la nariz del amante de Venus... lo observé perfectamente... como por magia se entreabrió la estátua, dejando el hueco suficiente para que pasase un hombre...

VIZ. Y pasó él..?

JAC. Sin tardanza. Yo era todo ojos y oidos...

VIZ. Y qué visteis?

JAC. En primer lugar una joven bella como un serafin... Despues á lo lejos un rico gabinete.

VIZ. Y qué oisteis?

JAC. Esta sola frase... »Venid, amigo mio! os esperaba!» Despues me pareció distinguir un perfil muy conocido mio, rodeado de unas tocas que no lo son menos; mas seria sin duda ilusion; como siempre tengo presente la imágen de mi Gervasia..,

VIZ. Sabeis, querido, que es muy singular lo que me referis?

JAC. La visita duró una media hora; al cabo tornó á salir Ascanio, y antes que se cerrase nuevamente la estátua, asomó por ella una mano muy linda, muy blanca, muy delicada, que mi compañero llevó á sus labios.... Dios me perdone si miento... lo menos unas cien veces. Por último, la misma voz pura y dulce murmuró: »Volved pronto, volved pronto, Ascanio!»

VIZ. Es prodigioso!.. (*examinando la estátua.*) Decis que debajo de la nariz?..

JAC. Apretando ahi...

VIZ. De esta suerte... (*la estátua se entreabre un poco.*)

JAC. En nombre del cielo, no la toqueis; si viniese el maestro, nos mataria á todos.

VIZ. (*apartándose.*) Cáspita!

JAC. Ya hace tiempo que en el taller se susurraba que Benvenuto, tan ingenioso para toda clase de obras, habia construido un secreto, una especie de refugio impenetrable, para ocultarse en él si acaso lo exigian las vicisitudes de su vida aventurera. Como estuvo preso dos veces en Roma, como por milagro pudo escaparse de alli, como su carácter es violento y arrebatado, nadie sabe lo que puede suceder. Sin duda Ascanio era el único de nosotros que se hallaba en el secreto...

VIZ. (*ap.*) Diantre! Se lo diré al prevoste... Su hija, que se fugó anoche, es sin duda la que está ahí. Ademas, haré valer esto como un título á la proteccion de la duquesa de Etampes.

JAC. Con que, acordaos; reserva y silencio con todo el mundo; que nadie sepa lo que os acabo de manifestar... en confianza.

VIZ. No hay miedo... En cuanto al señor Benvenuto, le direis, que es un grosero, un descortés, un imbécil, por haber descuidado la obra que yo...

ESCENA II.

Dichos, BENVENUTO.

BEN. (*que ha oido las últimas palabras del vizconde, le coge fuertemente de un brazo, y esclama con voz terrible.*) Y vos un miserable, señor Vizconde!

VIZ. (*con espanto; luego tratando de disimular.*) Ah!... ah! ah! ah! Creeis que no os habia visto, querido?... Quise daros una broma!.. Pero soltadme, que me haceis daño!

BEN. Oidme, señor vizconde de Marmagne; como todos los ricos sois insolente; como todos los necios sois osado; sabed que yo no trabajo por el oro, sino por la gloria; que no sirvo á los que me pagan, sino á los que me comprenden y aprecian en lo que valgo. Asi, escuso deciros que nunca trabajaré para vos. Otros hallareis que os fabriquen, desde luego, merced á vuestra vergonzosa prodigalidad, esos instrumen-

los que buscais para introducir la deshonra y la desolacion en las familias.

VIZ. (*asustado.*) Soltadme!

BEN. Solo me resta advertiros, que si me haceis nuevamente el obsequio de presentaros aquí, no saldreis por la puerta, sino por la ventana. (*soltándole y empujándole violentamente.*)

VIZ. (*vacilando.*) Qué chanzas gastais, señor Benvenuto!..

BEN. Tengo el honor de saludaros! (*con un gesto amenazador el Vizconde huye.*) Ya lo sabes, Jacobo; si este hombre se presenta otra vez, arrojadle de mi casa á palos.

JAC. Y yo que le hé descubierto... (*ap.*)

BEN. Di á Ascanio que venga; que yo le espero.

JAC. Al instante.

ESCENA III.

BENVENUTO, *luego* ASCANIO.

BEN. (*quitándose la capa que trae puesta, y sentándose.*) Si; voy á revelárselo todo á mi hijo querido! Hay tanta alegria, tanta felicidad en mi corazon, que necesito compartirlas con él. Y ella!.. (*mirando hácia la ventana del jardin.*) Ella me amará, porque será tan grande, tan inmensa mi pasion, que acabará por comprenderla y sentirla! (*viendo salir á Ascanio, levantándose, y corriendo á abrazarle.*) Ven, ven, hijo mio; te aguardaba con impaciencia! Un dia sin vernos!... Nunca ha sucedido otro tanto!.. Y luego, tengo un secreto que descubrirte.

ASC. Y yo tambien!

BEN. Tambien? Pues entonces sentémonos y empieza tú. Mas no; yo debo animarte, y quiero que cuanto antes partícipes de mi ventura y de mi entusiasmo.

ASC. Hablad, hablad!

BEN. Comenzaré por decirte que he visto al rey, que aquel gran príncipe me ha recibido como siempre, con afecto, con efusion; que me ha recordado la promesa que antes me hizo, al contemplar el modelo de mi Júpiter, el cual le ha llenado de admiracion. Pues bien; ¿á que no adivinas lo que pienso pedirle cuando mi estátua esté fundida? La mano de la muger que amo!

ASC. Ah! Vos amais tambien?

BEN. Oh! si!.. Con la propia vehemencia que en mi edad juvenil; lo mismo que amé á tu madre! Desde que esta murió, mi corazon solo habia palpitado por ti! Mira, ahora láte de esperanza y de amor!—Escúchame; hacia mucho tiempo que yo buscaba en valde un modelo para mi Hebe, para la diosa de la juventud y de la hermosura, que yo queria hacer símbolo de pureza celeste! Una tarde en fin, hará esto doce dias, lleno de desaliento y de tristeza, prosternéme delante de esa ventana, y alzando los ojos al cielo, le rogué que me mandase de allí uno de sus querubines, uno de sus ángeles. Mi oracion duró breves momentos, y al terminarla abatí mis miradas á ese jardin inmediato, al jardin del gran Nesle, tibiamente iluminado por el sol que se escondia entre los verdes árboles... Ascanio! Ascanio!... Dios me habia enviado ya lo que yo acababa de pedirle!

ASC. Qué decís?...

BEN. Si, en el fondo de una calle solitaria vi una jóven, casi una niña, con la sonrisa de la inocencia en los labios, con la aureola de la virginidad en la frente; al pronto creí contemplar una vision divina; tan lindo era su rostro; tan flexible su talle, tan dulces sus miradas!.. Hallábase allí.. (*conduciendo á Ascanio hácia la ventana.*) allí... inmóvil, triste, melancólica... A las veces la brisa embalsamada de la tarde venia á agitar sus cabellos, ó el blanco cendal que encubria castamente su seno... Ni Fidias ni Miguel Angel imaginaron nunca una cabeza mas pura ni mas bella! Cuando mi admiracion y mi éstasis me lo permitieron, cojí mi cincél, busqué el mármol, y mira, mira, aquí tienes mi obra... Qué te parece? (*levantando la cortina, y enseñándole la estátua.*)

ASC. Clotilde! (*trémulo y vacilante se apoya en un sitial, mientras Benvenuto contempla su obra enagenado.*)

BEN. Es muy hermosa, verdad? Y sin embargo, creo que ella lo es mas todavia! Todas las tardes ha venido á sentarse ahí, en el mismo banco; y yo sin que me viese, sin que lo sospechase, he contemplado ávidamente sus perfecciones; las he trasladado con afan á la piedra! Al mismo tiempo, por la noche, por la mañana, olvidando el sueño y el reposo, he trabajado en mi Júpiter que es el talisman que debe conquistármela. Y he hecho dos obras admirables, Ascanio mio; la una con mi corazon, la otra con mi genio! Dentro de tres dias habré terminado ambas; y asi, cuando el rey me pregunte: »Qué es lo que quieres? Oro, distinciones? Honores?—Yo le responderé: Nada, señor, nada mas que la muger á quién amo!»

ASC. (*trémulo.*) Pero ignorais que es la hija del preboste de Paris?

BEN. Aunque fuese la hija de un monarca, bien sabes que mi voluntad lo puede todo! Siempre he alcanzado cuanto he querido, y nada he querido como esto! Si, si; yo te lo aseguro; Clotilde será mi esposa!

ASC. Vuestra esposa? Y si ella no os amase?

BEN. Ascanio, cállate, no me lo digas... no me lo digas! Una vez me ha ocurrido esta idea, y he creido volverme loco de amargura, de desesperacion. Entonces he envidiado tu juventud y tu belleza; entonces he sentido por primera y única vez no ser un príncipe, un soberano! Mas no importa; te lo repito, será mia!.. será mia! (*Ascanio exhala un gemido agudo, dobla una rodilla delante de Benvenuto, y esclama fuera de sí.*)

ASC. Perdonadme, señor, perdonadme... Pero es que yo la amo, que ella tambien me ama!..

BEN. (*con desesperacion.*) Oh!!! No! no! no... No has dicho eso... Verdad que no has dicho eso? (*Ascanio sin levantarse, inclina la cabeza y la oculta entre sus manos; hay una pausa, despues coge Benvenuto un martillo y corre con él hácia la estátua.*) Si; rómpase al menos esta imágen, ya que no es posible la que hay en mi corazon!

ASC. (*levantándose á impedirlo.*) Qué haceis?

BEN. (*soltando el martillo y abriéndole los brazos.*) Hijo mio!.. Tú la acabarás! (*señalando á la estátua: otra nueva pausa.*) Te ama! Qué feliz eres, Ascanio! Y dónde, dónde está?

ASC. Allí!
BEN. (*con espanto.*) Allí!!
ASC. Pidióme un asilo seguro, y la ofrecí vuestra casa!
BEN. Hiciste bien; yo la protejeré, yo la defenderé!.. Que salga, que salga! (*Ascanio corre á tocar el resorte de la estátua; Clotilde sale y baja á la escena.*) Y sin embargo, qué miedo tengo de verla! Ella es!.. (*Clotilde y Ascanio le abrazan.*)

ESCENA V.

Dichos, CLOTILDE.

BEN. Hijos mios! Hijos mios! Dejadme llorar! (*le faltan las fuerzas, y cae sobre un sitial: Ascanio y Clotilde se arrodillan á sus piés.*) Hace veinte años, desde que murió tu pobre madre, Ascanio, que mis ojos no habian vertido lágrimas... Permitid que las derrame ahora por esta última ilusion perdida! (*los dos jóvenes hacen un movimiento.*) Me queda vuestro cariño, vuestra amistad, bien lo sé; pero esa no es ilusion, es una dulce realidad!—Ya no lloro.... mirad como sonrio! Estoy alegre, contento... si, si... Mirad como sonrio... (*haciendo un esfuerzo para sonreir, y volviendo á llorar.*)
CLO. Llorad, llorad!
BEN. (*despues de un instante.*) Acostumbrado á golpes muy duros, muy violentos, pronto, pronto me curaré de este. Lo mejor es que no volvamos nunca á hablar de ello. Seré tan feliz con vuestra dicha; viviré tan tranquilo con vuestra tranquilidad! Ahora, concluidos los combates, las luchas de mi vida, es cuando comenzaré á existir y á gozar! ¿Cómo imaginé yo que vos, tan jóven, tan bella, tan pura, podriais amar á un hombre gastado ya por las pasiones, por la edad, por el trabajo? Cómo no adiviné que vos habiais nacido para él, como nace la flor para los campos, como el sol nace para las flores, como nace el pájaro para los aires? Sois dos ángeles que bajásteis del cielo, y que vinisteis á encontraros en la tierra! Amaos, pues, hijos mios, amaos!
ASC. Padre!
BEN. Llamadme vos tambien asi, Clotilde; ese nombre me fortalecerá! Ni creais que es solo envidiable vuestra suerte; la mia no lo será menos, porque yo trabajaré para vosotros; yo seré poderoso para vosotros. Si quieres honores y distinciones, Ascanio mio, yo te los daré; si vos quereis galas y joyas magníficas, Clotilde, yo os las daré igualmente! Y cuando los tres hayamos olvidado esta idea insensata, este sueño imposible, que felices, que felices seremos!
CLO. Ya lo somos!
BEN. Es verdad. Toda la amargura de mi corazon ha salido de él con mis lágrimas! Pero esplicadme ahora, cómo os encuentro aqui, cómo habeis huido de vuestra casa?
ASC. Hoy mismo debia verificarse su matrimonio con el conde de Orbec... y ella le aborrecia.
BEN. (*tristemente.*) Si; es menester huir del hombre á quien no se ama!
ASC. Además, aguardábala la deshonra en ese enlace, porque antes de celebrarse, el conde habia prometido ya su esposa al rey... por consejo de la duquesa de Etampes.
BEN. Siempre esa misma muger, persiguiéndome á mi con su odio, á ti con su amor! Mas yo triunfaré de ella; yo humillaré su orgullo, yo destruiré sus asechanzas!
ASC. Si yo quisiese, poseo un papel escrito por su mano, con el cual podria desafiar su cólera y su furor!
BEN. Y ese escrito?
ASC. (*señalando al pecho.*) Aqui está... pero no me serviré nunca de él!
BEN. Bien, hijo mio, bien! En ese rasgo reconozco la nobleza, la generosidad de tu alma! Con todo, si fuese un medio de salvacion en algun trance apurado...
ASC. Nunca! Nunca!
BEN. Por fortuna no lo necesitaremos tampoco, el rey ha vuelto á Paris al mismo tiempo que yo; voy á verle, y se lo revelaré todo, pidiéndole que os proteja, que os salve... y él os salvará! Vos, Clotilde, aguardad en este asilo el resultado de mis esfuerzos; en todo caso Júpiter acabará lo que empezó Marte. Yo tengo en mi favor el olimpo, y vos teneis el cielo! Asi, suceda lo que sucediere, recordad lo que voy á deciros: por mas desesperada que sea vuestra situacion, aunque os halleis al pié de los altares, aunque solo os falte pronunciar el terrible *si* que os uniria al conde de Orbec, no dudeis de vuestro amigo; no dudeis de vuestro padre; contad siempre con Dios y conmigo. Tendreis esta fé y esta firmeza, decidme, la tendreis?
CLO. Si... padre mio!
BEN. Gracias por ese nombre, Clotilde! Si supiéseis que bien me ha hecho! Ahora separémonos. Volved á vuestro refugio; que nadie os vea; que nadie sospeche que estais ahi! Si lo imaginasen siquiera, nos perdiamos! Prudencia, Ascanio, prudencia! No os espongais á perder un porvenir inmenso de felicidad, por un breve instante de goce!
ASC. (*conduciendo á Clotilde hácia la estátua.*) Adios, Clotilde!
CLO. (*entrando en ella.*) Adios, Ascanio!
BEN. Adios, hijos mios...! (*abraza á Ascanio y desaparece.*)

ESCENA VI.

ASCANIO, *luego* CATALINA, *despues* ROBERTO DE ESTOURVILLE, EL VIZCONDE *y los arqueros del Prevost.*

ASC. Corazon magnánimo y generoso! Cuánto debe haber padecido, y que pronto lo ha olvidado! Ahora quiere para nosotros lo que antes soñaba para si, y con el mismo afan, con el propio entusiasmo! Despues de oirle, me siento fuerte y animoso; sus palabras me han infundido valor y fé. Si; él nos salvará; el nos salvará!
CAT. (*saliendo precipitada.*) Ascanio! Ascanio! No sabeis lo que ocurre? Mientras maese Benvenuto salia por una puerta, el Prevoste de Paris con sus arqueros se hacia abrir la otra en nombre del rey.
ASC. Cielos!
CAT. Han atravesado el jardin, guiados por el

vizconde de Marmagne, y se dirijen á este sitio. Miradlos!

Viz. (*saliendo, al Prevoste.*) Aquí es!

Asc. Señores, qué intentais? Con qué derecho os introducis en esta casa?

Rob. Con el derecho que me dá la ley. No os opongais á ésta, ú os costará caro.

Asc. Pero nunca permitiré...

Rob. No necesitamos de vuestro permiso. (*á los arqueros.*) Adelante! (*señalando á la estátua.*) No es aquella? (*al vizconde.*)

Viz. Aquella.

Asc. (*interponiéndose.*) Esa estátua es una obra maestra de Benvenuto Cellini, el que la ha encomendado á mi guarda. (*viendo que los arqueros siguen adelantándose, coje una espada que está cerca, y dice colocándose delante del Marte.*) El primero que la ponga la mano encima, sea por lo que fuere, es hombre muerto!

Cat. (*queriendo detenerle.*) Ascanio! Os vais á perder!

Rob. (*á los arqueros.*) Adelante!

Asc. Primero me matareis! (*los arqueros atacan á Ascanio que se defiende con desesperacion; al ruido del combate ábrese la estátua, y sale de ella Clotilde, la que corre hácia Ascanio.*)

ESCENA VII.

Dichos, Clotilde, *y á poco la* Duquesa.

Clo. Ascanio! Mi padre!

Rob. Es ella ..!

Asc. Clotilde! (*en este momento los arqueros le desarman y sujetan.*) Nos hemos perdido!

Clo. Misericordia! (*cayendo sin sentido en los brazos de Catalina.*)

Duq. (*saliendo precipitada.*) Deteneos! Deteneos!

Asc. Vos, señora...! Debia imaginarlo! Habiendo un crimen y una traicion, no podian menos de ser vuestra obra!

Duq. Señor Prevoste de Paris, poned al instante en libertad á este jóven!

Rob. Es imposible. Nos ha opuesto una resistencia desesperada; y sin duda es él tambien el autor del rapto. Por todos esos delitos, este jóven tiene pena de muerte!

Duq. De muerte...!

Rob. (*á los arqueros.*) A la prision del Chatelet... conducidle!

Asc. (*acercándose á la duquesa, al salir.*) Duquesa, habeis triunfado de todo... menos de mi indiferencia... de mi odio...! Porque aquella, (*señalando á Clotilde que permanece desmayada.*) aquella es la que yo amo! (*se le llevan.*)

Duq. (*fuera de sí.*) Su odio!!! Entonces solo me resta mi venganza! (*al Prevoste.*) Sir Roberto, yo cuidaré de vuestra hija; cuidad vos del preso en tanto. (*el Prevoste se inclina y se vá detrás de los arqueros.*)

Duq. (*Con autoridad á Catalina que está junto á Clotilde.*) Dejadnos!

Cat. Señora...!

Duq. Dejadnos! (*Catalina se aparta lentamente de Clotilde, tornando hácia ella los ojos.*)

ESCENA VIII.

La Duquesa, Clotilde.

(*La duquesa se aproxima rápidamente á la jóven, la contempla con avidez en silencio, y luego esclama con desesperacion.*)

Duq. Qué hermosa es! Qué hermosa es....! (*nueva pausa; Clotilde abre los ojos y levanta la cabeza.*)

Clo. (*viéndola.*) Quién sois, señora?

Duq. No me conoceis?

Clo. (*levantándose y con espanto.*) Os adivino! Vos debeis ser la duquesa de Etampes!

Duq. Si, la misma, á quien vuestro padre ha delegado su poder y su autoridad. Ante todo, permitidme que me admire de vuestro valor; sois atrevida, hija mia, para la edad que teneis!

Clo. Es que contaba con Dios, señora.

Duq. (*con ironía.*) De que Dios hablais? Ah! Del Dios Marte, sin duda! (*mirando hácia la estátua.*)

Clo. Yo no conozco mas que un solo Dios; el que es omnipotente y eterno; el que recomienda la caridad en la fortuna, y la humildad en la grandeza.

Duq. Bien, muy bien, perfectamente! La situacion es á propósito para moralizar, y yo os felicitaria por ese discurso, si no creyese que tratais de disculpar vuestro impudor con vuestra impudencia!

Clo. Yo no tengo que disculparme con vos, porque ignoro el derecho en virtud del cual me acusais. Cuando mi padre me interrogue, yo le responderé con sumision y con respeto. Si me dirije reconvenciones, procuraré justificarme; hasta entonces, perdonad que me calle, señora duquesa.

Duq. Comprendo; mi voz os importuna, y quisiérais que os dejára sola para pensar en el que amais!

Clo. Nada, por importuno que me sea, puede impedirme pensar en él, sobre todo ahora que es desgraciado.

Duq. Os atreveis á confesar que le amais?

Clo. Esa es la diferencia que hay entre nosotras, señora; vos no os atreveis á confesarlo!

Duq. Imprudente! Me desafiais?

Clo. No, respondo á vuestras palabras. Dejadme con mis pensamientos, y yo os dejaré á vos con vuestros planes ambiciosos!

Duq. Pues bien, ya que te crees bastante fuerte para luchar conmigo, pobre niña, ya que revelas tu amor, yo tampoco ocultaré el mio; yo tampoco ocultaré mi odio! Si, amo á Ascanio, y te aborrezco!

Clo. Entonces os compadezco, porque Ascanio me ama á mi!

Duq. Si, es verdad; pero sábelo: por la seduccion si me es posible, por la mentira si es menester, por el crimen si es indispensable, yo te robaré su cariño.

Clo. El amará siempre á la que le ame mejor.

Duq. (*frenética.*) Crees sin duda que tu pasion es única en el mundo, y que ninguna puede compararsela?

Clo. No digo tal; creo que otro corazon podrá amar como el mio; solo dudo que ese cora-

zon sea el vuestro!

DUQ. Y qué harias por él, tú que supones haber hecho mas que yo? Qué le has sacrificado hasta ahora? La oscuridad de tu vida?

CLO. No; mi reposo, mi sosiego.

DUQ. A qué le has preferido? Al ridículo amor del conde de Orbec?

CLO. No, sino á mi obediencia filial.

DUQ. Qué puedes prometerle tú? Puedes hacerle rico, poderoso, ilustre?

CLO. Espero hacerle feliz!

DUQ. Yo le inmolo la ternura de un monarca; yo pongo á sus pies riquezas, títulos, honores; yo le traigo el gobierno de un reino...

CLO. (*sonriéndose.*) Sí; vuestro amor le dá todo lo que no es el amor!

DUQ. Basta, basta...! (*un momento de silencio.*) Clotilde, (*con mas dulzura.*) si te dijesen, sacrifica tu existencia por él, qué harias?

CLO. Moriria gustosa!

DUQ. Yo tambien. Y tu honor, se lo sacrificariais como tu existencia?

CLO. Si por mi honor entendeis mi reputacion, sí; si entendeis mi virtud, no!

DUQ. Ah! No le ama! No le ama! (*con alegria frenética.*) No le ama!

CLO. (*con despecho.*) Y si os dijesen á vos: «renuncia por él á tus títulos, á tu clase; renuncia por él al rey... En fin, si os dijesen: Ana de Heilly, duquesa de Etampes, abandona por su humilde taller de artista, tu palacio, tus riquezas, tus cortesanos...»

DUQ. (*como á pesar suyo.*) Rehusaria... por su propio interés!

CLO. (*con alegria.*) Ah! No le ama, no le ama, no le ama...! Prefiere á él los honores, esas quimeras de la vanidad!

DUQ. Quiero conservarlo todo para él; quiero hacerle partícipe de mi fausto, de mi poder, de mi grandeza! Los hombres solo ambicionan esto!

CLO. Sí; pero Ascanio no es uno de esos hombres, señora!

DUQ. (*furiosa.*) Cállate, cállate desventurada..! Pretendes luchar conmigo? La humilde y débil oveja quiere hacer frente á la leona fuerte y poderosa! Ah! ah! ah! (*riéndose sardónicamente.*) Me dás lástima, pobre niña! Escucha bien lo que voy á decirte; sea de grado ó por fuerza, te casarás con el conde de Orbec..!

CLO. Escuchad ahora vos lo que voy á responderos. Me resistiré por todos los medios que estén á mi alcance á esa horrible alianza. Si poneis mi mano entre las del conde, diré no; si me arrastrais al altar, diré no; si me obligais á prosternarme ante el ministro del Altísimo, diré tambien no, no, y siempre no!

DUQ. Qué importa! Ascanio creerá que has aceptado el matrimonio que nosotros te habremos impuesto.

CLO. Es que no me lo impondreis, señora!

DUQ. Y con quien cuentas para que te proteja?

CLO. Con Dios en el cielo; con un hombre en la tierra!

DUQ. Pero ese hombre se halla preso.

CLO. No; se halla libre!

DUQ. Libre? Quién es entonces?

CLO. Benvenuto Cellini!

DUQ. Benvenuto! Y esperas que te salvará, cuando él mismo está perdido?

CLO. Perdido?

DUQ. Confiaba en el rey, no es cierto? Y el rey por mi influjo le ha retirado su gracia; tenia un anillo con el que podia penetrar en palacio á todas horas; y esta mañana, yo misma, en nombre de Francisco I, he dado órden de que no le dejen entrar!

CLO. Qué decís?

DUQ. Ya ves como no hay esperanza; ya ves como el triunfo es mio. Además, si tú no entregas tu mano al conde, Ascanio morirá!

CLO. (*fuera de sí y arrodillándose.*) No! No!

DUQ. Oh! Una sola cosa me faltaba; verte humillada á mis pies!

CLO. (*levantándose con dignidad.*) Al menos solo de esto tendré que avergonzarme!

DUQ. Hola! (*á dos pages que aparecen.*) Mi litera al punto! (*cogiendo de la mano á Clotilde.*)

CLO. A dónde vamos, señora?

DUQ. A mi casa! (*arrastrándola consigo.*)

CLO. (*con terror.*) A su casa! Dios mio, amparadme! (*desaparecen.*)

ESCENA IX.

CATALINA, BENVENUTO, JACOBO *y los demás discípulos.*

BEN. (*saliendo por el lado opuesto á aquel por donde se fué la duquesa.*) Pronto, hijos mios, pronto á la fundicion!

CAT. (*corriendo hácia él.*) Señor...

BEN. (*muy agitado.*) Nada me digas, Catalina, todo lo sé! Sé que mi Ascanio está en la cárcel sombría del Chatelet; que Clotilde está en manos de la duquesa de Etampes, su mortal enemiga; sé, en fin, que la han encontrado ahí, donde la habiamos escondido!

JAC. (*ap.*) Qué escucho!

BEN. Simon, Juan, corred á preparar el horno; llenadlo de leña hasta arriba; si no hay bastante, quemad todos mis muebles! Sí, sí; Catalina, algun espía infame nos acechó, descubriendo este secreto que á ti misma no te habia revelado! Pero si yo averiguo quién es el traidor...! Y no es esto todo; el rey no quiere verme, á mí, á quien antes llamaba su amigo...! Crea nadie en la amistad de los hombres! Cierto que los reyes no son hombres! Son reyes! De modo que me he presentado inútilmente en el Louvre; no he podido llegar hasta Francisco I; no he podido decirle una palabra! Ah! Mi estátua hablará por mí! Ella me abrirá todas las puertas!—Disponed el molde, amigos mios, y no perdamos un instante! Sobre todo, fuego, mucho fuego.—Mirad, daria diez años de mi existencia al que pudiese penetrar hasta el pobre Ascanio, hablarle, y traerme un papel que él posee, y con el cual yo venceria á esa infame duquesa!

JAC. (*ap.*) Ah! Yo lo conseguiré, aunque sea á costa de mi vida! (*desaparece.*)

BEN. (*siempre con la misma agitacion.*) No importa; le salvaremos... Ha resistido al Prevoste, ha hecho armas contra la autoridad, y eso tiene pena de muerte: pero lo repito, le salvaremos! Si él muriese, yo moriria tambien, porque él es lo único que me queda en el mundo!—Con que trabajemos, trabajemos...! Traed

el bronce... traed la plata; si es menester, destruid mi bagilla, destruid todas mis joyas.—Oh! Si yo humillase á la soberbia duquesa! Con mi Júpiter seré omnipotente... y quien sabe... Haremos una obra maestra, que asombrará al rey, que admirarán los siglos, que eternizará con el mio vuestro nombre! (*durante esta escena, los discípulos están en contínuo movimiento; unos rodean á Benvenuto; otros ejecutan sus órdenes, formando siempre un cuadro animado.*) Si no lo consiguiésemos...! Tiemblo, tiemblo solo de imaginarlo...! No, Ascanio, no temas; con vosotros estoy seguro de todo, porque sois hábiles, activos, inteligentes; porque me amais á mi, y amais á vuestro compañero! No es verdad, Juan? No es asi, Simon? No es asi, Carlos? (*abrazando sucesivamente á todos.*) Con que, valor y constancia! El instante se acerca. Mirad; ya está encendido el fuego, y esa llama alumbrará nuestro triunfo. (*se ve salir un resplandor muy vivo de un lado.*) Dios mio! Dios mio! Protegednos...! Ahora, corramos, corramos! A la fundicion, hijos, á la fundicion!

TODOS. (*con entusiasmo.*) A la fundicion! (*corren detrás de Benvenuto hácia el lado de donde sale la llama.*)

FIN DEL ACTO TERCERO.

ACTO CUARTO.

EL PRESO POR SU GUSTO.

La cárcel del Chatelet.—El teatro se halla dividido en dos partes enteramente iguales, y que representan dos calabozos sombríos: en el de la derecha, algo mas bajo que el otro, está Ascanio; en el de la izquierda Jacobo.—Una mesa, dos sillas, una cama, componen todo el ajuar de entrambos; una lámpara alumbra á cada uno; en el de Ascanio hay además un cuadro de la Virgen colgado de la pared.

ESCENA PRIMERA.

(*Al levantarse el telon,* ASCANIO *sentado delante de la mesa, escribe;* JACOBO *recorre su calabozo como examinándolo.*)

JAC. Pues señor, gracias á Dios, por fin me han preso! Si no hubiera sido por ese bendito vizconde de Marmagne, que se dejó dar una magnífica estocada en premio de sus bachillerias, aun estuviera paseándome por Paris, y sin tener la fortuna de entrar en la lóbrega cárcel del Chatelet! Ante nada vacilaré; á todo estoy dispuesto para asegurar la libertad y la dicha de Ascanio!—Lo mas está conseguido, entrar; falta lo menos, salir; pensemos en ello.—Con qué recursos cuento para lograrlo?—En primer lugar, con unos diez sueldos parisies... cantidad insuficiente para comprar al carcelero mas barato del mundo. Renuncio, pues, á comprar al mio.—La violencia? Poseo un magnífico puñal, con el que podria matar al susodicho carcelero cuando entrase, y escaparme disfrazado con su vestido. Pero no, no; nunca apelaré á este recurso... suave; acaso ese pobre hombre sea padre de familia; acaso sea el único apoyo de su madre ó de sus hijos..... (*examina las paredes.*) Estas paredes parecen muy sólidas. Son de piedra...! (*aparta los colchones de su lecho.*) El piso es de lo mismo...! Cáspita...! Es una jaula magnífica... para que no se escape el pájaro.. Con todo, el infeliz á quien encontré al salir; ese preso que ha vivido aqui veinte años... que me hizo una seña espresiva, señalando hácia este rincon... que me entregó á escondidas esta arma... No hay duda, quiso indicarme generoso los medios de recobrar la libertad... Busquemos... busquemos... (*exhalando un grito de alegria.*) Ah...! Un hueco abierto entre dos losas... la tierra arrancada... (*siente ruido, vuelve á colocar su cama, y se tiende sobre ella fingiendo dormir.*) Gente viene...! Disimulemos!

ESCENA II.

Dichos, UN JUEZ, UN ESCRIBANO, EL CARCELERO.

CAR. (*Despues que los otros dos entran, se dirige á Jacobo, y le sacude violentamente.*) Levantaos... Qué sueño de bronce! Levantaos, digo!

JAC. (*haciendo que se despierta.*) Cáspita! Qúe modos tan dulces teneis! Qué se ofrece?

CAR. El señor juez del crimen que viene á interrogaros.

JAC. (*levantándose.*) Ah! Eso es diferente!

JUEZ. (*reconociéndole.*) Hola! Picarillo, sois vos? Con que por fin habeis alcanzado que os encierren en el Chatelet? Qué ganas teniais de conseguirlo! Con que no solo seducis dueñas, sino que tambien dais estocadas á los vizcondes? Ah! ah! ah! Pero cuidadito; la vida de un noble se paga mas cara que el honor de una mujer del pueblo; y lo que es ahora, no bastará con los veinte sueldos parisies que os costó la otra broma! Ah! ah! ah!

JAC. (*ap.*) Qué risueño es el señor magistrado!

JUEZ. (*al escribano.*) Sentaos, y escribid.—Con que es decir, querido mio, que habeis hecho un boquete en el costado al señor vizconde de Marmagne, no es cierto?

JAC. Si señor.

JUEZ. Y por qué?

JAC. Porque habia abusado de mi confianza para perder á uno de mis amigos; le encontré en la calle y le desafié; él aceptó el reto; arranqué su espada á un page; comenzamos... zis, zás... zis, zás... el pobre diablo cayó al suelo... y aqui paz y despues gloria.

JUEZ. El hecho es grave, muy grave... Ah! ah! ah! Mas grave, porque el herido es uno de los favoritos de la duquesa de Etampes. Asi, parece que esta os ha recomendado bien.

JAC. Hola...!

JUEZ. No lo digo por alarmaros, sino por si teneis algunas disposiciones que tomar...

JAC. (*asustado.*) Pues qué, señor magistrado, hay peligro de vida?

JUEZ. Ah! ah! ah! Ciertamente...!

JAC. (*ap.*) Y el bárbaro se rie! (*alto.*) Nada mas comun que lances parecidos, y yo no veo qué se persiga á los culpables.

JUEZ. Entre caballeros, es distinto, querido mio; pero vos no lo sois.
JAC. Y cuantos dias durará mi causa?
JUEZ. Dos á lo sumo.
JAC. A lo sumo?
JAC. Es claro; podria ser que durase menos; hay un hombre que se muere; vos confesais que le habeis herido; luego la justicia está satisfecha; y es muy posible que os ahorquen pasado mañana tempranito... Ah, ah, ah!
JAC. Que me ahorquen? (*ap.*) Y á mi que no me habia ocurrido semejante idea!
JUEZ. Con que, teneis algo mas que decirme? Se os ofrece alguna cosa en que os pueda servir?
JAC. Si por cierto.... Si pudieseis hacer que no me ahorcasen!...
JUEZ. Escepto eso, os complaceré en cuanto gusteis. Con que, querido, hasta el valle de Josafat. Ah, ah, ah! (*vanse.*)

ESCENA III.

JACOBO, ASCANIO.

JAC. Cáspita! cáspita! cáspita! Yo que creia que el negocio no pasaria de un par de meses de prision!... Con que de fijo me...? Cáspita!... Ahora si que es preciso salir de aqui cuanto antes! (*corre á su lecho, lo levanta, saca el puñal, y comienza á trabajar con ahinco en la escavacion.*) Vive Dios que el lance es pesado!
ASC. (*dejando de escribir, y levantando la cabeza.*) Me parece que oigo golpes cerca.... Algun infeliz que trabaja para conseguir su libertad! La libertad! Yo tambien pronto seré libre! Mañana á las cinco! Mañana!... (*sigue escribiendo.*)
JAC. Confieso que al pronto me sobrecojió esa noticia tan innesperada, y el tal magistrado me la dió sin precaucion alguna.... diciéndome: ah, ah, ah!.. Es indudable que os ahorcarán!... Cual pudiera haberme dicho: Es indudable que os nombrarán tesorero ó condestable... Cómo ha de ser! Lo que importa ahora, mas que nunca, para tener mi conciencia tranquila, es salvar á Ascanio! (*sigue trabajando.*) Esta piedra se conmueve... Quizás pronto.... Trabajemos! Trabajemos!
ASC. No hay duda! Se oyen golpes!... (*levantándose.*)

ESCENA IV.

Dichos, DIANA DE POITIERS.

(*Se abre la puerta de la prision de Ascanio, y sale Diana, guiada por el carcelero.*)

CAR. Entrad, señora: alli está.
ASC. (*sorprendido.*) Una muger!
DIA. Me conoceis, Ascanio?
ASC. Si, señora; os reconozco; sois Diana de Poitiers.
DIA. Sabedora de vuestra suerte, vengo á aliviarla si es posible; vengo á salvaros si quereis.
ASC. A salvarme? Y qué me pedis en cambio?
DIA. Oidme; yo lo puedo todo con el Delfin, que lo puede todo con el rey... Pues bien, yo pediré vuestra vida; yo os vengaré de la duquesa de Etampes.
ASC. Ah! Es que vos quereis vengaros de ella?
DIA. Para qué ocultároslo? Si! Pero no debemos odiarla igualmente los dos? No os ha arrebatado vuestra amante? No os ha encerrado en esta prision? No vais á morir por su causa?
ASC. Es verdad!—Qué condiciones son las vuestras?
DIA. Una sola. Me entregareis un papel escrito por la de Etampes, y que basta para perderla.
ASC. Una villania? Nunca!
DIA. Pensad que se trata de vuestra existencia!
ASC. Pensad que se trata de algo que vale mas: de mi honor!
DIA. Si me entregais esa prueba, esta noche misma quedareis libre.
ASC. Pero al mismo tiempo quedaré deshonrado.
DIA. El rey sabrá quien es la muger que ama...
ASC. El mundo sabrá quien yo soy.
DIA. La Francia se verá libre.
ASC. Libre de ella, pero esclava vuestra.
DIA. Rehusais?...
ASC. Rehuso, señora.
DIA. Entonces, mañana á las cinco moriréis; porque Ana de Heilly os persigue, el prevoste os aborrece, Benvenuto está en desgracia...
ASC. En desgracia?
DIA. La duquesa le ha hecho cerrar las puertas de palacio... (*ap.*) Vacila! Si es menester, apelemos á la mentira.
ASC. Por quién habeis sabido, señora, que yo poseo ese papel?
DIA. Uno de vuestros compañeros, que lo oyó á Benvenuto, fué á decirselo á la de Etampes; uno de los espias que tengo al lado de esta, ha corrido á notificarme su agitacion al saberlo. Entonces me he apresurado á venir la primera á ofreceros lo que ella os puede ofrecer, á brindaros además con la venganza. Porque vos no lo sabeis todo; vos ignorais que hace dos horas que Clotilde es esposa del conde de Orbec.
ASC. Esposa del conde?..
DIA. El casamiento se ha verificado en la capilla de S. M.!
ASC. En la capilla del rey?
DIA. La duquesa misma ha conducido á la pobre niña al altar!
ASC. Oh!... (*en un arrebato de furor, saca del bolsillo el billete de la duquesa, y va á entregárselo á Diana; pero se detiene y lo vuelve á guardar.*) Tomad!.. Una infamia!.. No! No!.. Clotilde esposa del conde!.. Ya no me queda mas que morir! (*dejándose caer en la silla y cubriéndose el rostro con las manos.*)
DIA. Os negais, Ascanio?
ASC. Si, señora.
DIA. Yo os ofrezco la vida, honores, riquezas.....
ASC. Y yo no quiero mas que la muerte.
DIA. La venganza!..
ASC. Me daria acaso la felicidad?... No, no; dejadme, dejadme!
DIA. Es esa vuestra última resolucion?
ASC. Esa!
DIA. (*furiosa al marcharse.*) Imbécil! El lo quiere!.. (*vase.*)
ASC. Clotilde! Clotilde mia! (*queda sumergido en su dolor.*)

ESCENA V.

JACOBO, ASCANIO.

JAC. (*que durante la escena anterior ha trabajado sin descanso.*) Yo no sé á donde iré á parar por aquí; aunque siempre iré á parar á alguna parte... Y no puedo tardar mucho en salir de la curiosidad, porque la piedra está casi desprendida... Un esfuerzo mas, y he triunfado. (*sigue trabajando en silencio.*) Ah!!! (*con alegria.*)

ASC. (*levantando la cabeza con sorpresa.*) Ah!..

JAC. (*introduciéndose rápidamente por la abertura.*) Ascanio!

ASC. (*conociéndole.*) Jacobo! (*se precipitan el uno en los brazos del otro.*) Tú aquí! Tú preso!

JAC. Y poco que me ha costado!..

ASC. Pero esplícame... Y Benvenuto?

JAC. A estas horas trabajando en la fundicion de su Júpiter, para conseguir tu perdon, para unirte á la que amas.

ASC. Ya es tarde: dentro de dos horas debo morir!

JAC. No, no digas eso; es imposible. Yo te salvaré! (*Ascanio se sonrie tristemente.*)

ASC. Dime, dime, cómo te has introducido en el Chatelet, cómo has llegado hasta mí!

JAC. Dios ha hecho lo mas; yo lo menos. Ante todo, perdóname, Ascanio, porque yo te he perdido! (*arrodillándose.*)

ASC. Tú? (*levantándole.*) Habla!

JAC. Yo que soy... yo que era antes un hablador, un miserable hablador... Desde ayer me he correjido de ese defecto!=Te vi salir de la estátua del Dios Marte, y tuve la imprudencia de decírselo al vizconde de Marmagne, el que fué con el chisme al prevoste de Paris...

ASC. Todo lo comprendo!

JAC. Cuando el maestro supo tu prision, esclamó: »Diez años de mi vida daria al que pudiese obtener de Ascanio un papel escrito por la duquesa de Etampes, con el cual le salvaríamos.» Entonces, sin decirle que era yo el hablador, porque tal vez me hubiera matado, juré penetrar en el Chatelet.

ASC. Y de qué medios te has valido?

JAC. Al principio me vino á la mente una idea muy estraña; yo he tenido... yo tengo amores con cierta rolliza dueña..... precisamente la dueña de tu Clotilde!.... Amigo, yo no pico tan alto!.. Y luego, la vecindad, la inmediacion!. El diablo las carga!.. En fin, qué dirás que me ocurrió para reunirme contigo? Presentarme ante un magistrado, y acusarme yo mismo de haber seducido á la inocente Gervasia.—Dios me perdone la mentira!

ASC. Y qué?

JAC. La hicieron comparecer á ella, y la pobrecita, á ruegos mios, declaró en mi favor; es decir en contra: yo estaba tan contento creyendo ver abrirse ya las puertas de esta carcel, cuando he aquí que el juez formula la sentencia del modo siguiente: »El llamado Jacobo Aubry pagará á la señora Gervasia la suma de veinte sueldos como indemnizacion.» Veinte sueldos! Este es sin duda, el precio corriente del honor de una dueña!

ASC. Prosigue.

JAC. Desesperado de no haber conseguido mi objeto, salí de nuevo á la calle... y con quién dirás que tropecé?

ASC. Con el vizconde de Marmagne?

JAC. En cuerpo y alma; verle y correr hácia él fué todo uno; le ataqué como un leon; él se defendió mal... de miedo, y le herí.

ASC. Desventurado!

JAC. Venturoso digo yo; porque en seguida me cogieron, me ataron, y me condujeron aquí. Dios ha hecho lo demas.

ASC. Pero te has perdido!

JAC. Qué importa, si logro salvarte?—No perdamos un minuto; dame al momento esa carta.

ASC. Cuál?

JAC. La de la duquesa de Etampes. Yo hallaré medio de enviársela á Benvenuto.

ASC. Imposible; pedí que me permitiesen verle, y no me lo han concedido; porque no dejan entrar aquí á nadie, como no sea en un trance supremo al confesor ó al médico.

JAC. Al médico? Le curan á uno para tener el placer de ahorcarle en buena salud? Qué inhumanidad! (*con una resolucion repentina.*) Ah!... (*ap.*) Si uno quisiese casarse *in extremis*....

ASC. En qué piensas?

JAC. En nada; dame ese papel, Ascanio; te aseguro que el maestro lo recibirá!

ASC. No, Jacobo.

JAC. (*atónito.*) No? Y por qué?

ASC. Porque yo nunca perderé á una muger.

JAC. Piénsalo bien, amigo mio; la muerte es la que te aguarda!

ASC. Mas vale morir con honra que vivir sin ella. Ademas, te lo confieso; (*sonriéndose.*) si fuese Benvenuto mismo el que me pidiera este escrito, si me jurase no mostrárselo al rey, yo se lo entregaria. Pero.... perdóname.... no tengo muy alta opinion de tu prudencia.

JAC. Te juro que me he corregido.... desde ayer!

ASC. No, no; hablemos de otra cosa. (*con firmeza.*)

JAC. Y de qué hemos de hablar cuando dentro de dos horas vas á morir? Hablemos de otra cosa dices, cuando puedes salvarte, cuando sin mas que darme ese papel... Porque supongo que le tendrás ahí...

ASC. Sí, aquí. (*señalando á su ropilla.*)

JAC. (*ap.*) Bueno es saberlo!—Ascanio, Ascanio, por última vez, dame ese escrito.. (*suena ruido de llaves en la puerta.*)

ASC. Alguien viene! Huye, Jacobo!

JAC. Te obstinas?

ASC. (*empujándole.*) Adios, adios!

JAC. (*ap. al marcharse.*) Yo se lo arrancaré! (*Jacobo vuelve á entrar en su calabozo por la abertura, delante de la cual coloca Ascanio el cuadro de la virgen.*)

ESCENA VI.

Dichos, EL CARCELERO.

(*Ascanio se quita apresuradamente su ropilla la arroja sobre una silla; y se tiende en la cama fingiendo dormir.*)

CAR. Me habia parecido oir hablar en este calabozo!.. No: duerme... duerme... (*poniéndole la linterna delante de la cara.*) Mejor dormirá mañana! Recorramos los otros ahora!.. (*vase cer-*

rando de nuevo la puerta.)

Asc. (*incorporándose.*) Dormir!... Si yo fuese tan dichoso!... Dormir! Oh! Dios mio!..

Jac. (*pensativo.*) Si... el sacrificio es doloroso.... horrible... mas es indispensable! No hay que vacilar! No hay que perder un minuto! Oh! Ascanio! Yo llevaré la amistad hasta el heroismo..esto es, hasta el matrimonio! Yo eclipsaré las glorias de Pilades y de Orestes; de Castor y Polux... porque ninguno de estos se casó con una vieja: yo seré sinónimo de abnegacion en los siglos futuros... lo cual siempre es un consuelo despues de muerto!.. (*se levanta y corre á golpear la puerta.*) Carcelero! Hola!! No viene! Carcelero! (*suena ruido de cerrojos, ábrese la puerta, y aparece el carcelero.*) Ya está aqui.

Car. Por qué alborotais? Qué se os ofrece? Necesitaremos poneros una mordaza y cadenas?

Jac. Cadenas? Precisamente eso pido; las cadenas de himeneo!

Car. Quereis casaros? Habrá imbécil!

Jac. (*ap.*) Imbécil! No hay duda: este hombre es casado! (*alto.*) Decídselo al señor gobernador del Chatelet; y como es muy probable que me ahorquen mañana, quisiera que la cosa se verificase esta noche misma.

Car. Creeis que la joven consentirá..?

Jac. La joven? Que si consentirá?.. Ah! Estoy seguro de ello!.. Es una reparacion!

Car. Una reparacion? Habrá imbécil!

Jac. Otra vez!

Car. Cómo se llama?

Jac. Gervasia Perrine.

Car. Y dónde vive?

Jac. Darán razon en el palacio de Nesle.

Car. Dentro de dos horas os casareis!

Jac. Ah! Tan poco tiempo... para prepararme á mi ventura?

Car. Quereis algo mas?

Jac. Decidme, la veré algun momento á solas?

Car. Solo os permitirán abrazarla.

Jac. Abra...? Gracias.... (*ap.*) Entonces la daré el papel. (*alto.*) Esperad.., y si no me casára, no la veria?

Car. Sin ese motivo no vereis á nadie! (*vase.*)

Jac. (*exhalando un hondo suspiro.*) Aaah!...Se consumará el sacrificio! Pobre Gervasia! qué contenta se va á poner! Casarse y enviudar! Dos felicidades en un dia! Veamos ahora si Ascanio duerme! (*levanta el colchon de su lecho, y se introduce cautelosamente por la abertura.*) Si... el infeliz descansa! El instante, pues, es favorable... Alli está la ropilla.... (*acercándose y tomándola.*) Aquí está la carta! (*sacándola.*) Con que este es el precioso talismán? Veamoslo. (*leyendo.*) «Ascanio, yo te amo: sígueme á donde voy, ó déjame seguirte á donde tú vayas. Ana de Heilly, duquesa de Etampes..»—La cosa no puede estar mas clara, y si el rey viese esta cartita. Para que Ascanio no advierta nada, es preciso dejar otro papel en su lugar... Justamente debo tener un billetito de Gervasia... (*leyendo un papel que saca.*) «Corazon mio... vida mia!..» Si; este es; solo una dueña puede permitirse semejantes simplezas! A fin de que la ilusion sea mayor, le envolveré en el mismo papel del otro... (*lo hace.*) Ahora en la ropilla... Ahora escapemos. (*huye por la abertura; y desde su calabozo tira del cuadro de la virgen para ocultarla.*) Perfectamente. (*suena en la puerta de la prision de Ascanio ruido de llaves; aquel se despierta, se incorpora, y corre á ponerse la ropilla.*)

ESCENA VII.

LA DUQUESA, ASCANIO, JACOBO.

Asc. Quién está ahí?

Duq. Soy yo; no temais, es una amiga.

Jac. Una muger... escuchemos! (*pónese junto á la abertura.*)

Asc. Y qué me quereis, señora?

Duq. Vos en este sitio, Ascanio! Vos á quien yo queria dar palacios en el fondo de un negro calabozo!

Asc. Luego no teneis parte en la persecucion de que soy víctima?

Duq. Y habeis podido sospecharlo un instante? Entonces haceis bien en aborrecerme, y solo debo quejarme en silencio de ser tan mal conocida del que yo conozco tan bien.—Recordadlo: no hice todos los esfuerzos posibles para impedir vuestra prision? No visteis mi dolor y mi sorpresa al escuchar las horribles palabras del preboste?

Asc. Es verdad.—En el primer momento de cólera y de desesperacion, pude creerlo, y os insulté! Ahora os pido que me perdoneis aquel arrebato.

Duq. Gracias, Ascanio; ya sé que no me amais; pero al menos, el odio no os vuelve injusto... Oidme: vengo á salvaros!

Asc. A salvarme? Respondedme: es cierto que Clotilde sea ya esposa del conde de Orbec?

Duq. (*sorprendida.*) Quién os lo ha dicho?

Asc. (*con dolor.*) Luego es verdad?

Duq. (*reprimiendo su alegria.*) Si, Ascanio!

Asc. Es cierto que vos misma la habeis conducido al altar?

Duq. Dios mio!.. Bien lo veo; me han calumniado con vos! Quién os ha dado esas noticias? Algun enemigo mio sin duda. Sabedlo: cuando conocí que nunca podriais amarme; al ver cuanto amábais á Clotilde, hubo en mi alma una lucha horrorosa; los instintos de clemencia y los celos se disputaban encarnizadamente el triunfo. Por fin lloré, y con las lágrimas vino la piedad! Dígeme á mi misma que no tenia derechos para oponerme á vuestro cariño; dígeme que ya que no podiais amarme, os obligaria al menos á bendecirme! Corrí entonces á ver á sir Roberto, á interponer mi influjo y mis súplicas... Mas sabeis dónde le encontré?.. En la puerta de la capilla real, detrás de su desgraciada hija, que llamaba esposo ya al conde de Orbec!..

Asc. Ah!...

Duq. Inútiles eran, pues, mis ruegos y mis instancias; y asi solo pensé en vos, solo pensé en salvaros!

Asc. Clotilde casada!.. Yo rehuso lo que me ofreceis... yo solo quiero morir!

Duq. Ascanio. Ascanio! No perdamos tiempo: acaso dentro de un instante no lo sea ya, pues quizás yo estoy perdida tambien!

Asc. Vos? Y por qué?

Duq. Por haberos amado!

Asc. Por haberme amado?

Duq. Por haberos escrito!

Asc. No os comprendo, señora!

Duq. No comprendeis que el prevoste autorizado por una órden del rey, ha dispuesto que se haga una pesquisa general en el palacio de Nesle, con el fin de obtener todas las pruebas de vuestro amor á Clotilde? No comprendeis que esa pesquisa será mas minuciosa en vuestro cuarto?

Asc. Y bien?..

Duq. Y bien, si encuentran allí aquella carta que os escribí en un momento de delirio; si reconocen que es mia, si se la presentan al rey.... no conoceis que mi poder sucumbe en el momento, y que ya no podré hacer nada por vos ni por mí?

Asc. Tranquilizaos, señora duquesa; no hay peligro ninguno; la carta no está en el Nesle; sino aquí, dentro de esta ropilla de donde no ha salido nunca!

Duq. (*con un grito de alegría.*) Ah! Qué peso me habeis quitado del corazon, Ascanio! (*reprimiéndose.*) Y á qué debo el que no hayais abandonado nunca este escrito?

Asc. A la prudencia!

Duq. A la prudencia!... (*con amargura.*) Necia de mí, que lo atribuia á otra causa!.. (*un instante de silencio.*) Mas ya que solo tengo que agradeceros vuestra prudencia, creeis que es muy prudente tener aquí ese papel, cuando de un momento á otro pueden bajar á arrancároslo, perdiéndome á mí entonces, y robándome los medios de salvaros?

Asc. Señora, ignoro si con sinceridad quereis salvarme; ignoro si solo el deseo de recobrar este escrito es el que os ha conducido á mi prision; pero lo único que sé, es, que desde el punto en que me lo venis á reclamar, ya no tengo derecho alguno para conservarlo. (*dándola la carta.*)

Duq. Ascanio, qué noble, qué generoso es vuestro corazon! Ah! por qué no me habeis amado!

Asc. (*oyendo ruido.*) Alguien se acerca... señora, apresuraos!

Duq. (*ap. mirando el billete.*) Es el mismo. (*á Ascanio.*) Teneis razon! (*corre á la lámpara, prende fuego al billete, y le tiene en la mano hasta que la llama le va á quemar los dedos, contemplándolo arder con delicia; despues lo arroja al suelo, aguarda á que acabe de consumirse, y pone el pié sobre la ceniza.*) Ah!.. Respiro!

Jac. (*que lo ha visto todo desde su prision por una rendija que ha dejado entre la abertura y el cuadro.*) Pobre señora que no sabe que la carta de una muger del pueblo, hace cuando se la quema tanta llama y tanta ceniza como la carta de una duquesa! (*ábrese la puerta del calabozo de Ascanio y aparece el prevoste.*)

ESCENA VIII.

Dichos, Roberto.

Rob. (*mirando con inquietud á Ascanio y á la duquesa.*) Acaban de decirme que os hallábais aquí, señora, y me he apresurado á bajar para ponerme á vuestras órdenes. Necesitais algo de mí, ó de las gentes que tengo á mi servicio?

Duq. Nada, señor prevoste; nada: he venido solo á ver si habiais puesto á este joven en el cuarto que yo os indiqué, y os agradezco que me hayais complacido.

Rob. (*receloso.*) Y qué motivos teniais para preferir este á los demas?

Duq. (*algo turbada.*) Porque... porque este es menos incómodo... menos húmedo. Yo le conozco por haber estado en él mucho tiempo uno de mis amigos....

Rob. Ah!... Y puedo hacer alguno cosa todavía en vuestro obsequio, señora?

Duq. No, sir Roberto; os doy gracias, y me retiro... (*bajo á Ascanio.*) Adios, Ascanio; pronto nos volveremos á ver. (*al prevoste.*) Os le recomiendo nuevamente; haced que le traten con toda consideracion!..

Rob. Sereis obedecida. (*ap. al marcharse.*) Quiere salvarle sin duda! Es menester adelantar la hora de su suplicio! (*vanse los dos.*)

ESCENA IX.

Ascanio, Jacobo.

Asc. Pronto nos volveremos á ver, ha dicho! Luego no sabe que voy á morir! Luego esto es acaso una venganza secreta del prevoste, que quiere deshacerse del amante de su hija? Y qué importa? Clotilde se ha casado.... Clotilde no me ama!

Jac. (*levantándose del sitio donde acechaba.*) Y la tal duquesa se va tan contenta, tan alegre, creyendo haber aniquilado la prueba de su amor, cuando soy yo el que la posee; cuando dentro de media hora estará en manos de Benvenuto! Si; yo hallaré medio de entregar á Gervasia.... Yo la diré que en cuanto nos casemos.... (*con un gesto de dolor.*) Que en cuanto nos casemos!... corra al palacio de Nesle... Maese Benvenuto no se dormirá en las pajas, y con esta arma en su poder, lo alcanzará todo de la de Etampes! Cielos!... Vendrán á buscarme ya? (*sintiendo ruido en la puerta.*)

ESCENA X.

Dichos, el Carcelero, *dos arqueros con antorchas.*

Car. Levantaos, y venid.

Jac. A dónde quereis conducirme?

Car. No sois poco curioso! Ya lo vereis.

Jac. Con todo, desearia. .

Car. Basta de preguntas, y seguidme.

Jac. (*ap.*) Comprendo: Gervasia se ha dado prisa á venir... Y há hecho bien... Quién sabe si yo me arrepentiria?.. No, no... Sin duda estarán ya encendidas las antorchas de himeneo... Uh!

Car. Qué estais ahí rezando?

Jac. Una oracion para los trances apurados!... Y si hay alguno mas que este!.. (*ap.*) Casarme... y casarme con Gervasia!.. Menos miedo tendria si me fuesen á ahorcar... Afortunadamente despues de lo uno vendrá lo otro! (*alto con resolucion.*) Vamos! Ah! (*vase con el carcelero y los soldados.*)

ESCENA XI.

Ascanio, *á poco* la Duquesa.

Asc. Morir... Y morir tan joven! Quién me llo-

rará? Benvenuto! solo Benvenuto! Ahora estos breves instantes que me quedan de existencia, debo consagrárselos á Dios!... (*arrodíllase delante del cuadro de la vírgen, y ora. La puerta de la prision se abre de nuevo con sigilo, y sale la duquesa muy agitada.*)

DUQ. Ascanio, Ascanio... dónde estais? Ah! Lo que acabo de saber! Ese infame prevoste me engañaba..! Uno de mis criados acaba de decirme que van á mataros dentro de un instante... que han adelantado la hora porque temen que os salve... Y sin embargo, yo os salvaré. Ascanio, Ascanio, disponeos á seguirme! No ois que os van á matar?

ASC. No sabeis que yo quiero morir?

DUQ. Esa es una locura, una locura! Aun podeis aguardar goces y placeres; aun podeis ser rico, poderoso, feliz!...

ASC. Feliz sin Clotilde?

DUQ. Siempre, siempre ella!—Pensadlo, cuando den las tres, os vendrán á buscar, vendrán á llevaros al suplicio; á vos, tan jóven, tan bello, tan inocente! Siquiera por Benvenuto, siquiera por vuestro maestro... siquiera por mí, dejad que os salve!

ASC. Si fuese ella quien me lo rogara!..

DUQ. Sois muy cruel, Ascanio, complaciéndoos en destrozar este corazon que solo por vos palpita! Pero no me quejo, no me quejo; no quiero que me ameis, sino que me sigais; que vengais conmigo. Cada momento que pasa es un siglo de tortura! Ascanio, Ascanio, en nombre de Dios! (*el reló da las tres: al mismo tiempo se oyen pasos.*) Una... dos... tres! Las tres!

ASC. Bien lo veis; ya es tarde!

DUQ. No, no lo es aun... óyeme, yo quise que te pusiesen en este calabozo, porque en él estuvo antes un amigo... Para facilitar su evasion, hice construir una puerta ahí, en la pared, y que solo yo conozco. Aun podemos huir por ella!

ASC. Os lo repito, señora; sin Clotilde no quiero la vida!

DUQ. (*escuchando.*) Ya vienen!.. Ya vienen! (*fuera de sí.*) Pues bien, Ascanio... He mentido! He mentido... Clotilde no se ha casado aun!

ASC. Qué decís?

DUQ. (*con un esfuerzo penoso.*) No se ha casado aun... y te ama siempre!

ASC. Me ama? Me ama? Salvadme! Salvadme! Ahora si que tengo miedo de morir! (*toda esta escena debe ser muy viva.*)

DUQ. Ah!... (*corriendo á la pared y buscando el resorte de la puerta.*) No encuentro el resorte.... El tiempo, la humedad lo han entorpecido..., Aqui, aqui debe ser!

ASC. Señora, apresuraos!

DUQ. (*forcejeando.*) Se acercan... descorren los cerrojos!...

ASC. No hay esperanza!

DUQ. Aqui es, aqui es!.. (*con un grito de alegría frenética al ver que la pared cede, y se abre la puerta.*) Ascanio, pasa tú, pasa tú!..

ASC. Corramos! (*la duquesa vuelve á cerrar la puerta secreta; al mismo tiempo se abre la otra, y aparecen el prevoste, el carcelero, y soldados con antorchas; Roberto sale delante, dirige á todas partes una mirada ansiosa y esclama.*)

ROB. Ha huido! Mil escudos al que me lo entregue vivo ó muerto! (*los soldados corren á registrarlo todo; el prevoste queda anonadado en medio del calabozo.*)

FIN DEL ACTO CUARTO.

ACTO QUINTO.

LA FLOR DE LIS.

Un salon magnífico en el palacio del Louvre: en el fondo la puerta de entrada; á la derecha la de las habitaciones del Rey.

ESCENA PRIMERA.

LA DUQUESA, *un confidente suyo.*

DUQ. Dónde has dejado á Ascanio?

CON. En vuestra casa, en la que os aguarda con impaciencia.

DUQ. Se halla tranquilo ahora?

CON. Si, señora, porque no sabe que Clotilde de Estourville debe casarse esta misma mañana.

DUQ. A ti te encargo mas especialmente que no le dejes salir, ni hablar con nadie: si es preciso, haced uso de la fuerza.

CON. Sereis obedecida, señora.

DUQ. Y Paolo?

CON. No le he vuelto á ver desde las seis. A aquella hora las noticias eran escelentes.

DUQ. Qué ha ocurrido?

CON. Benvenuto no conseguirá fundir su estátua, y así no habrá nada que impida el casamiento del señor conde de Orbec.

DUQ. Esplícate.

CON. Desde ayer Cellini y sus discípulos han trabajado sin descanso en la conclusion del Júpiter: el maestro, sobre todo, para salvar á su querido Ascanio, á su hijo, se ha mostrado infatigable; él cuidaba del metal; él encendia el horno; él, en fin, animaba á sus discípulos.—A las cuatro de la mañana le faltaron las fuerzas, le rindió el sueño, y tuvo que retirarse dejando la fundicion, ya muy adelantada, al cargo de Paolo.

DUQ. (*con alegría.*) De Paolo?

CON. Como el mas hábil, despues de Ascanio.

DUQ. Y nos cumplirá lo que ofreció?

CON. Para asegurarme de su fidelidad, le entregué otra nueva suma, mayor que las anteriores; así es que en mi presencia disminuyó el fuego, y comenzó á empastelarse el metal... De suerte, que como Benvenuto no sea el mismo diablo, es imposible que hoy al menos consiga terminar su obra.

DUQ. Perfectamente. Y cuál será su rabia, su desesperacion, al ver destruidas sus esperanzas! Pobre Paolo...! Temo que lo pase mal!

CON. Me ha dicho que fingirá dormirse junto al horno, como si no hubiese podido resistir á la fatiga.

DUQ. Vuelve allá ahora con cualquier pretesto; necesito saber á toda costa lo que ocurre; si Cellini consiguiese presentar la estátua al rey, le pediria el enlace de Clotilde y de Ascanio...

CON. Mientras vos tengais en vuestro poder á este...

DUQ. No importa, no importa! Vé, y vuelve pronto. (*vase el confidente.*)

ESCENA II.

La Duquesa, *á poco* Diana.

DUQ. Por fin voy á triunfar! Por fin voy á vengarme...! Podré conseguir tambien el amor de Ascanio? Quién sabe..! Apareceré á sus ojos tan amante, tan resignada, tan buena, que tal vez se compadecerá de mí. Si él me amase, Dios mio! Si él me amase...! —Diana!

DIA. Salud á la muy poderosa duquesa de Etampes.

DUQ. Salud á la bella Diana de Poitiers.

DIA. Salís del cuarto del rey?

DUQ. Vais á la cámara del príncipe?

DIA. Hace dias que estais implacable conmigo. Tendreis acaso celos de mí?

DUQ. Celos? No los tiene nunca el sol de los astros que reflejan su luz...!

DIA. Pero los tiene la estrella que se eclipsa de la estrella que aparece.

DUQ. Y sois la que aparece vos?

DIA. Sin duda; yo estoy en la aurora de mi poder; vos estais en el ocaso del vuestro. Yo estoy en la primavera de la vida; y vos, casi, casi en el invierno!

DUQ. Diana! Diana...! Ved que no reinais todavía!

DIA. Pero reinaré!

DUQ. Ved que aun me es posible perderos y castigaros.

DIA. Si lo fuese, hace ya mucho tiempo que me hubieseis castigado y perdido... Quién sabe si seré yo la que consiga esa gloria y esa fortuna con vos...!

DUQ. Ah! Desde hoy, guerra á muerte entre nosotras!

DIA. Desde hoy? Yo os llevo ventajas; un año há que os la hago sin cesar.

DUQ. Y el resultado debe haberos convencido de vuestra impotencia!

DIA. No, al contrario; me ha convencido de vuestra debilidad. Ayer poco faltó para que alcanzase lo que anhelo... Un papel que quise comprar...

DUQ. Un papel?

DIA. Un billete escrito de vuestro puño y letra.

DUQ. De mi letra?

DIA. A cierto jóven á quien amais...

DUQ. Ah! —Y no tuvisteis oro bastante con que pagarlo?

DIA. No; es que antes lo habiais comprado vos. Llegué tarde; otra vez seré mas feliz; porque, no lo olvideis, duquesa, estais condenada á ver mi triunfo, á legarme el poder, y el puesto que ocupais!

DUQ. Imprudente! Imprudente! (*viendo salir al rey.*) El rey...! (*cambiando de tono.*) Os lo repito. Diana; estais hermosísima con ese tocado y con esas joyas... Nadie, nadie en la córte os iguala.

DIA. Qué significa...? (*viendo tambien al rey.*) Ah...! Es cierto, querida duquesa; vos no me igualais, me escedeis! (*la besa en la frente.*)

ESCENA III.

Dichas, el Rey, *seguido de dos pages.*

REY. (*adelantándose.*) Permitid que yo decida la cuestion, señoras, asegurando que la una no tiene nada que envidiar á la otra.

DUQ. (*fingiendo sorpresa.*) Vos aquí, señor?

DIA. (*lo mismo.*) No habiamos visto á V. M.

REY. Y yo celebro mucho haberme detenido en esa puerta para escuchar vuestra plática.—Duquesa, tengo que pediros una gracia.

DUQ. V. M. se chancea.

REY. No; ayer os dí mi real palabra de no recibir mas á Benvenuto, porque me asegurasteis que habia admitido las proposiciones de mi cuñado el emperador Carlos V, y que queria abandonarme por él. Pues bien, hoy he tenido noticias de Madrid que contradicen las vuestras. Cellini ha rehusado; mi augusto pariente me lo escribe de su propio puño. Así, ya conoceis que habiendo desaparecido la causa de mi enojo, debo desaparecer tambien este.

DUQ. Es muy justo.

REY. Mucho mas, cuando de un instante á otro aguardo que me traiga mi Júpiter, y le aguardo con la misma impaciencia que un niño el juguete que le han prometido.

DUQ. Sintiera que V. M. me supusiese enemiga del artista florentino; pero no debo ocultarle la verdad, por triste que sea.

REY. La verdad? Y cuál es?

DUQ. Benvenuto, con la arrogancia que le distingue, habia creido poder hacer una obra que á ningun escultor moderno le es dado ejecutar; una obra digna solo del cincel de Pigmalion ó de Fidias...

REY. (*con ansiedad.*) Y bien..?

DUQ. Y bien, el éxito ha confirmado mis previsiones; la audacia era mayor que el génio, y el pobre Cellini se ha persuadido esta mañana de que no raya tan alto como creia.

REY. Esplicaos, esplicaos!

DUQ. Sus esfuerzos han sido inútiles; se ha empastelado el metal, y no ha podido fundir su Júpiter... (*Benvenuto que ha escuchado las últimas palabras de la duquesa, se adelanta ahora y la interrumpe.*)

ESCENA IV.

Dichos, Benvenuto.

BEN. Os equivocais, señora... porque he logrado fundirle, y allí está.

REY. (*dándole la mano con efusion.*) Benvenuto..!

DUQ. (*ap.*) Qué oigo!

REY. Ya decia yo que eso era imposible! Pero dónde, dónde está? Que yo le vea, que yo le contemple!

BEN. (*á una seña suya, Juan y Simon salen con la estátua, cubierta de un lienzo.*) Mire V. M. (*quitando el lienzo y descubriendo el Júpiter.*)

REY. (*con admiracion.*) Ah...!

DIA. (*con alegria.*) Ah!

DUQ. (*con rabia.*) Ah...! (*el rey mira la estátua un instante en silencio; despues, siempre manifestando el mayor asombro, coje á la duquesa de la mano, la coloca frente al Júpiter, y la dice:*)

REY. Vos deciais que no era capaz de ejecutar esta obra... Miradla, y enmudeced!

DIA. (*ap.*) Qué pálida se ha puesto...! (*alto.*) Yo nunca dudé de vuestro genio, Cellini.—Es una maravilla, es un prodigio...!

DUQ. (*sonriéndose.*) Vamos, confieso que me equivoqué; sois un gran escultor, Benvenuto; dadme la mano, y seamos amigos en adelante; quereis?

BEN. Señora...

REY. (*muy satisfecho, y sin dejar de examinar la estátua.*) Perfectamente, duquesa...

DUQ. (*bajo á Benvenuto y con agitacion.*) Pensad en lo que vais á pedir, Cellini. Que no sea el matrimonio de Clotilde y de Ascanio; porque, os lo juro, entonces os perderé á todos!

BEN. (*bajo.*) Y si pido otra cosa, me secundareis?

DUQ. (*id.*) Si, y sea lo que fuere, haré que os lo otorgue S. M.

BEN. (*id.*) No necesito pedir el matrimonio de esos pobres jóvenes, porque sereis vos misma quien lo pida, duquesa.

DUQ. (*atónita.*) Yo...?

BEN. Vos!

DIA. (*ap.*) Qué hablarán?

REY. Qué estais diciendo ahi por lo bajo, Benvenuto?

BEN. La señora duquesa de Etampes tenia la bondad de recordarme que V. M. me ha prometido una gracia si quedaba satisfecho de mi Júpiter.

REY. Hablad, hablad; reitero mi promesa; qué quereis?

DUQ. (*ap.*) Qué dirá?

BEN. Una cosa muy fácil y muy sencilla; nada mas que el perdon de un discipulo mio, un tal Jacobo Aubry, que vino á las manos con el señor vizconde de Marmagne, y tuvo la desgracia de atravesarle con su espada.

DUQ. (*ap.*) Es cierto lo que escucho?

REY. (*asombrado.*) No me pedis mas que eso?

DUQ. (*con prontitud.*) Yo tambien pensaba hablar á V. M. en favor de ese jóven; por otra parte, tengo noticias del vizconde, y sé que vá mucho mejor. Luego, él se tuvo la culpa; él se lo buscó. Asi, V. M. debe apresurarse á acceder á esa demanda, no sea que Cellini se arrepienta de haberos pedido tan poco.

REY. Pues bien, id vos mismo á decir al señor canciller que ponga al instante en libertad al preso, y volved.

BEN. Doy infinitas gracias á V. M...! (*se retira.*)

REY. A qué hora firmamos el contrato del buen conde de Orbec, duquesa...?

DUQ. A las doce, si V. M. gusta.

REY. Aun falta una hora.—Entretanto, haré colocar mi Júpiter en la galeria de escultura, porque quiero que toda mi córte le compare con las obras maestras que hay allí, para comprender su mérito. Diana, avisad á esos señores que los espero... y á vos tambien, duquesa. (*á una seña suya, Simon y Juan entran con la estátua á las habitaciones del rey; Diana se vá por la puerta del fondo.*)

DUQ. Al instante voy á reunirme á V. M.

ESCENA V.

LA DUQUESA, *á poco* BENVENUTO.

DUQ. No vuelvo de mi asombro! Contentarse Benvenuto con el perdon de Jacobo...! No hablar una palabra de Clotilde ni de Ascanio! Y no sé por qué... á pesar mio tiemblo como si un peligro inminente me amenazase; como si ese hombre tuviese mi suerte, mi poder, mi vida en sus manos.—El es!

BEN. (*sale con una flor de lis de oro y pedreria en la mano.*) Señora duquesa, como hoy es un dia... señalado para vos, he creido que sentiriais no tener concluida la bella lis de oro que encargasteis á Ascanio.

DUQ. Sin duda; pero como Ascanio está preso...

BEN. Como Ascanio está preso, la he terminado yo. (*presentándosela.*)

DUQ. (*con un grito de admiracion, y tendiendo la mano hácia la lis.*) Ah...! Otra nueva maravilla! Dadme, dadme!

BEN. (*retirando la lis.*) Todavia no!

DUQ. Quereis hacérmela desear, porque veis que me ha agradado, que me ha sorprendido? Mas la verdad sea dicha; mi sorpresa no ha nacido tanto de mi admiracion, como de veros tributarme una galanteria.

BEN. Siempre he tenido por virtud singular la de ser cortesano de la desgracia... y por eso lo soy vuestro ahora.

DUQ. Qué decis? Hablais en enigma, querido escultor, y á mi me falta tiempo para acertarle.

BEN. Entonces yo voy á daros la solucion, que se contiene en un antiguo proverbio latino: *Verba volant: scripta manent*; lo cual quiere decir: «Las palabras se las lleva el viento, pero lo escrito queda!»

DUQ. Ah...! Entiendo... Pero os equivocais, amigo mio... porque lo escrito se quema.—Asi, no creais intimidarme como hariais con un niño, y dadme esa lis que me pertenece.

BEN. Un instante; porque debo advertiros que esta flor, talisman en mis manos, perderá toda su virtud en las vuestras. Mi trabajo es aun mas precioso de lo que pensais. Donde otros no ven mas que una joya, nosotros los artistas solemos esconder una idea. Deseais que os muestre esta idea, señora? Mirad, nada mas fácil... Basta apretar este resorte invisible. La corola, segun veis, se entreabre... y en su fondo se encuentra, no un veneno activo y mortal como en ciertas flores naturales, ó en ciertos corazones falsos, sino alguna cosa parecida, aunque peor quizás... El deshonor de la duquesa de Etampes, escrito de su propia mano... y firmado por ella. (*sacando de la flor y desdoblando el billete de la duquesa, quien exhala un grito de asombro y de furor.*)

DUQ. Ah!!

BEN. No esperabáis esto, no es verdad? (*finge guardar el billete en el lis, pero lo esconde en el bolsillo.*) Si conocieseis mis artes, duquesa, no os hubierais sorprendido tanto: hace un año oculté una escala en un busto; hace dos dias oculté á una jóven en una estátua; qué podia yo ocultar ahora dentro de una flor? Un papel

lo sumo, y eso es lo que he hecho.

DUQ. (*fuera de si.*) Pero yo he quemado ese billete, ese billete infame...! Yo misma vi la llama... yo pisé las cenizas!

BEN. Leisteis el billete que quemásteis...?

DUQ. No, no! Insensata! Por qué no lo leí?

BEN. Lo siento, porque entonces os habriais convencido *de que la carta de una muger del pueblo, puede hacer, cuando se la quema, tanta llama y tanta ceniza, como la carta de una duquesa.*

DUQ. Con que Ascanio me engaña?

BEN. Guardaos de sospecharlo; él es demasiado noble, demasiado generoso, para combatir con vuestras propias armas. No fué él sino otro de mis discípulos... Precisamente el que hirió al vizconde de Marmagne...

DUQ. Jacobo Aubry! Yo me vengaré de él; yo le castigaré; yo....

BEN. Qué poca memoria teneis, duquesa! Si es el mismo cuyo perdon me habeis ayudado á conseguir del rey!

DUQ. Oh!.. (*despues de una pausa.*) Y bajo qué condiciones me devolvereis ese billete?

BEN. Yo creí que las habriais adivinado.

DUQ. No sé adivinar; decid.

BEN. Pedireis á S. M. la mano de Clotilde para Ascanio.

DUQ. (*riéndose.*) Ah, ah, ah! Conoceis mal á la duquesa de Etampes, señor Benvenuto, si suponeis que retrocederá ante una amenaza.

BEN. Me parece que no habeis reflexionado bien antes de responderme.

DUQ. Sostengo sin embargo mi respuesta.

BEN. Persistis en negar Ascanio á Clotilde?

DUQ. Persisto en amarle yo!

BEN. En hora buena; mas ya que no quereis ceder de grado, quién sabe!.. quién sabe!... quizás tengais que ceder á la fuerza. Os lo advierto, cuando comience la lucha, atacaré ciegamente, y sin pensar en nada. Vos sois terca: yo lo soy mas aun. Vos amais á Ascanio; yo le amo mas tambien. Así, la victoria será mia, porque peleo con mejores armas; porque tengo de mi parte Dios y mi derecho.—Con que, decididamente rehusais?

DUQ. Decididamente!

BEN. Entonces, cada cual á su puesto.... Porque os lo anuncio, va á comenzar la batalla...—Nunca, eh?...

DUQ. Nunca!

BEN. Lo veremos!

DUQ. Lo veremos!

UGIER. (*anunciando.*) El rey!

ESCENA VI.

Dichos, EL REY, DIANA, *pages, y cortesanos.*

REY. Hola! La reina de la hermosura de plática con el rey del arte!.. Y me parece que la conversacion era animada. De qué hablabais?

BEN. Hablábamos de política.

REY. De política? Ah, ah, ah!

BEN. Hace V. M. bien en reirse, señor; porque ambos somos dos pobres políticos; la señora duquesa es demasiado bella para ocuparse de otra cosa que de su belleza, y yo soy demasiado artista para ocuparme de otra cosa que de mi arte.

REY. Lo cierto es, querido Cellini, que ninguno de los dos teneis motivos para envidiar á los demás, asi como los demás los tienen para envidiaros a vosotros.—Y qué es eso que llevais en la mano, Benvenuto?

BEN. Es una joya que no me pertenece; una flor de lis que la señora duquesa de Etampes habia encargado á mi discípulo Ascanio; pero como este no ha podido concluirla, he tenido que acabarla yo, deseando con toda mi alma que sea el símbolo de la paz que nos hemos jurado, aqui, esta mañana delante de V. M.

REY. (*estendiendo la mano hácia la lis.*) Es otra nueva maravilla!

BEN. (*retirando la flor sin afectacion.*) No es verdad, señor? Y bien merece que la ilustre duquesa pague magníficamente al joven artista, cuyo talento se descubre en esta obra.

DUQ. Tal es mi intencion; y le destino una recompensa que podria envidiar un rey.

BEN. Mas ya sabeis, señora, que por preciosa que sea esa recompensa, no es la que ambiciona Ascanio. Qué quereis! Los artistas somos caprichosos; y frecuentemente, aquello que, segun decis, podria envidiar un rey, lo miramos con desden, con indiferencia.

DUQ. (*reprimiendo su rabia.*) Sin embargo, tendrá que contentarse con lo que le reservo, porque ya os lo he dicho, Benvenuto, nunca le concederé lo que desea.

REY. Pues bien, vos me direis lo que es, y si la cosa no es muy difícil, trataremos de complacerle.

BEN. Mire V. M. con atencion la joya; (*entregándosela.*) examine sus detalles, y verá que todos los premios serán inferiores á su valor.

REY. (*contemplando la joya.*) Es un verdadero prodigio! Mirad! Mirad, Diana!

DUQ. (*estremeciéndose al ver á Diana acercarse.*) Diana!

REY. Y cómo os ocurrió, duquesa, confiar un trabajo tan delicado al discípulo, cuando teniais tan cerca al maestro?

BEN. Si V. M. no se ofendiese, yo le diria que esa preferencia provocó mis celos, é hizo brotar en mi alma una sospecha...

DIA. Una sospecha?

REY. Una sospecha? Os ordeno que me la digais....

BEN. Juro á V. M. que no me atrevo... aunque persuadido de mi injusticia, debiera castigarme confesándola.

REY. Hablad, hablad!

BEN. Una vez que lo deseais tan absolutamente, obedezco.

DUQ. (*ap. con temor.*) Qué irá á decir?

BEN. Os acordais de Ascanio, señor? Es un joven de hermosura tan peregrina, que podria pasar sin inconveniente, por Narciso ó por Endimion.

DUQ. (*ap.*) Dios mio!

REY. (*bruscamente.*) Suprimid los detalles.

DIA. Si, si; no son necesarios. (*mirando á la duquesa.*)

BEN. Yo pensaba, pues, en la belleza de Ascanio, y pensaba tambien, con vergüenza lo confieso... en un sentimiento al cual era estraño el arte...

REY. Benvenuto, cuidado con lo que vais á

decir!

BEN. Por eso disculpé de antemano mi temeridad, y pedí permiso para guardar silencio.

DIA. De lo cual soy testigo: V. M. le mandó hablar, y ahora que ha empezado....

DUQ. Siempre está á tiempo de detenerse, si sabe que va á proferir alguna mentira.

BEN. Me detendré si gustais, señora; ya sabeis que con una sola palabra es suficiente..

REY. Si, pero yo quiero que continúe.—Teneis razon, Diana; hay cosas que es menester escudriñar hasta lo último. Proseguid, Cellini.

BEN. (*mirando á la duquesa.*) Prosigo.—Mis conjeturas iban adelante, cuando un descubrimiento increible vino á darme nueva luz.

REY. Y DIA. Un descubrimiento?

BEN. (*bajo á la duquesa.*) Decidid!

DUQ. Señor, no necesitais tener la lis para oir toda esa larga historia. V. M. se halla tan acostumbrado á empuñar con mano firme un cetro, que yo temo que haga pedazos entre sus dedos esa frágil flor. (*estendiendo el brazo para cogerla.*)

BEN. Perdonad, señora duquesa; mas como la lis desempeña un papel muy importante en toda mi narracion, permitidme que para darla mayor interés....

DIA. La lis desempeña un papel muy importante (*cogiéndola con rapidez de manos del rey.*) en vuestra historia? Entonces la duquesa dice bien; mas vale que esté en mis manos que en las de V. M.; porque con intencion ó sin ella, quizás la romperiais, señor.

DUQ. (*ap. con espanto.*) Ah!!! (*se acerca á Benvenuto, le coje una mano, y va á hablarle; pero de pronto se detiene, suelta la mano, y dice con aparente serenidad.*) Proseguid, proseguid... (*bajo.*) si os atreveis!..

REY. Si, proseguid, y cuenta con vuestras palabras...

BEN. (*á la duquesa.*) Cuenta con vuestro silencio.

DIA. (*con impaciencia.*) Ya os escuchamos.

BEN. Figurese V. M. que la señora duquesa de Etampes... y Ascanio... estaban en correspondencia....

REY. (*furioso.*) En correspondencia?

BEN. Y lo mas maravilloso es... que se trataba en ella nada menos que de amor.

REY. Las pruebas, Benvenuto, las pruebas!

BEN. Las pruebas?... Las pruebas?... Yo las tengo! V. M. comprenderá que no me habria atrevido á articular esta acusacion sin poseerlas.

REY. Entonces, dádmelas en el instante.

BEN. Cuando he dicho que las tengo, me he equivocado; V. M. es quien las tenia un momento há...

REY. Yo?

BEN. Y la señora Diana de Poitiers es quien las tiene ahora.

DIA. Yo?

BEN. Si.... porque las pruebas estan en esa lis.

REY. En esta lis! (*cogiendo de nuevo la flor y examinándola con avidez.*) En esta lis?

BEN. Si señor... Y vos sabeis que no miento, señora duquesa.

DUQ. (*bajo.*) Transijamos: Clotilde no se casará con el conde.

BEN. (*id.*) No es bastante; es menester que Ascanio se case con ella.

DUQ. Jamás!

REY. (*sin dejar de dar vueltas á la flor.*) Decis que las pruebas estan aqui, y yo no encuentro nada.

BEN. Es que V. M. no conoce el resorte con cuyo auxilio se abre la flor.

REY. Un resorte?.. Enseñádmelo, enseñádmelo al instante, ó.... (*haciendo un movimiento para romper la joya: las dos mugeres exhalan un grito.*)

DIA. y DUQ. Ah!

DIA. Señor, seria lástima destruir joya tan magnífica! Démela V. M. y le respondo de que si hay un secreto, yo le encontraré. (*coge la flor y comienza á registrarla de nuevo con afan.*)

DUQ. (*ap.*) Soy perdida!

BEN. Aun es tiempo! (*bajo á la duquesa.*)

REY. Lo hallais? (*á Diana.*)

DIA. Si... creo que si... Aqui es! Ah! (*con alegria al ver entreabrirse la lis; la duquesa exhala otro grito de espanto, y quiere lanzarse á arrancársela; pero Benvenuto la detiene con una mano, mientras que con la otra le enseña el billete que tenia oculto.*)

DUQ. Oh!

BEN. Mirad!

DUQ. Consiento en todo!

BEN. Lo jurais por el santo Evangelio?

DUQ. Lo juro!

BEN. Entonces no temais; yo os salvaré! (*la duquesa va hácia el fondo, se acerca á su confidente que está entre los demas personages, y le dice.*)

DUQ. Traedle aqui al momento! (*el confidente desaparece.*)

REY. (*que desde que se ha abierto la flor ha estado registrándola de nuevo con Diana.*) Y bien, Benbenuto, dónde estan esas pruebas? Aqui hay un hueco hecho con mucho arte; pero no contiene nada.

BEN. Es verdad, no contiene nada.

DIA. Si, pero puede encerrar alguna cosa!

BEN. Tambien es cierto.

REY. Cellini, sabeis que podria ser peligroso para vos llevar adelante este juego, y que otros mas poderosos que vos se han arrepentido de provocar mi cólera?

BEN. En el alma sentiria el escitarla, y yo me lisongeo de que no habré tenido ese disgusto, porque V. M. no debe haber tomado mis palabras al pié de la letra. La duquesa puede mostraros las cartas que contenia la lis, las cuales hablaban realmente de amor, pero era del amor de mi Ascanio hácia una ilustre joven.... El pobre muchacho se dirigió á esta bella señora como á su providencia, y convirtió la flor en mensagero. He aqui la solucion del enigma; y si han podido ofender á V. M. los rodeos de que me he servido, le ruego que me los perdone, recordando la noble y preciosa familiaridad con que hasta ahora se ha dignado tratarme.

DIA. (*con disgusto.*) Ah!

DUQ. (*respirando.*) Ah!

REY. (*acercándose á la duquesa.*) Perdon, hermosa Ana; mil veces perdon, de haber sospechado de vos un instante. Qué puedo yo hacer para espiar mi culpa?

BEN. Conceder á la señora duquesa lo que os va

á pedir.

DUQ. Hablad por mí, Cellini, ya que sabeis lo que deseo.

BEN. Puesto que la señora duquesa me encarga de ser su intérprete, sabed que su anhelo, su vivo anhelo, es ver intervenir vuestra omnipotente autoridad en los amores del pobre Ascanio!

REY. Y yo consiento en la felicidad del bello discípulo. El nombre de su amada?

BEN. Clotilde d' Estourville!

REY. Clotilde d' Estourville!

BEN. Acuérdese V. M. de que es la señora duquesa quien solicita esta gracia.

REY. Es verdad que deseais ese enlace?

DUQ. Si señor... lo deseo... (*Benvenuto la enseña la carta desde lejos.*) vivamente!

REY. Pues yo me encargo de convencer á Roberto. Hola! Llamad al prevoste de Paris.... llamad al conde de Orbec... llamad á todos! (*un ugier abre las puertas del fondo y sale toda la corte.*)

BEN. (*bajo á la duquesa.*) Habeis puesto en libertad á Ascanio?

DUQ. Miradle!

ESCENA ULTIMA.

Dichos, CLOTILDE, ASCANIO, EL CONDE, ROBERTO, *dos notarios, y los demas cortesanos.*

CLO. (*saliendo por una puerta y Ascanio por la otra.*) Ascanio!

ASC. Clotilde! Es un sueño?

BEN. (*abrazándole.*) No, hijo mio; es la realidad!

ASC. Padre!

REY. (*al prevoste.*) Señor Roberto d' Estourville, vamos á firmar el contrato de matrimonio de vuestra hija... y mientras tanto lego por un instante mi sitio y mi autoridad á Benvenuto Cellini, al que se le obedecerá como si fuese el rey.

ROB. (*ap.*) Qué escucho!

BEN. Es posible? Y sabe V. M. que para hacer honor á mi papel voy á ser esplendido?

REY. No importa, Benvenuto, comenzad!

BEN. Comienzo! —Señores, no olvideis cuantos me escuchais, que es el rey quien habla por mi labio. Notarios, escribid en el contrato que tendreis dispuesto, los nombres de los esposos. (*los notarios se sientan y escriben.*) De una parte la muy noble y muy poderosa señora Clotilde d' Estourville... y de la otra el muy noble y muy poderoso Ascanio Gaddy, señor del Nesle.

ROB. Ascanio!

CON. Cómo!

CLO. Dios mio!

ASC. Yo su esposo!

BEN. (*á Roberto.*) Es mi voluntad. (*gravemente.*) Es la voluntad del rey! (*el rey hace un gesto afirmativo á Roberto.*)

REY. Es que desempeña admirablemente su papel! Ah, ah!

ROB. Un artesano!

BEN. No, un artista! (*bajo.*) Lo cual vale mas que ser un cortesano vil y corrompido!

ROB. Si S. M. lo ordena, obedeceré; pero...

BEN. Ascanio Gaddy, señor del Nesle, á cuyo ruego S. M. se ha dignado conceder á sire Roberto d' Estourville, prevoste de París, el título de Chambelan.

ROB. Ah!... Estoy pronto á firmar! (*firma.*)

CON. Y yo?...

BEN. En cuanto al señor conde de Orbec, ordeno que me presente las cuentas claras y especificadas del tiempo que ha administrado mi tesoro.

CON. (*ap.*) Soy perdido!

BEN. (*bajo al rey.*) Lo que equivale á decir que os devuelva lo que... lo que no es suyo, so pena de pasar unos cuantos años en la carcel del Chatelet! (*durante estas palabras, firman Clotilde, Ascanio, y Diana: esta presenta la pluma á la duquesa.*)

DIA. Vos, duquesa.

DUQ. (*con un esfuerzo penoso.*) Ya está! (*ap. con dolor.*) Y ahora qué me importa la Francia, qué me importa el mundo?

BEN. (*acercándose á la duquesa.*) Me odiais mucho, señora duquesa?.. (*alargándola su billete.*)

DUQ. (*con alegria tomándole.*) No, no... Y sin embargo, me habeis batido por unos medios....

BEN. Es verdad que os amenacé: pero creeis que me hubiera servido de ese papel para perderos? (*con hipocresia.*) Dios me libre! No tengo tan mal corazon! (*se separa de ella.*)

DUQ. (*examinando la carta y rompiéndola con alegria.*) Esta vez no me engaño! Ya nada tengo que temer!

BEN. (*acercándose al rey, pone una rodilla en tierra, y dice.*) Señor, vengo á devolveros vuestro poder; mas despues de haber ordenado como monarca, quiero suplicar á V. M. como humilde y reconocido servidor, que se digne concederme una última gracia.

REY. Os la concedo sin saber cuál es. Decid, qué deseais?

BEN. Tornar á Italia, señor!

REY. Quereis abandonarme? Nunca, nunca!

BEN. Yo volveré, os lo juro... yo volveré!.. No os diré lo que sufro... pero sabed que sufro mucho! Solo el aire de mi patria puede curarme! Os dejo á Ascanio, que es mi pensamiento; os dejo á sus compañeros que son mi mano; ellos bastarán á vuestros sueños de artista, hasta mi vuelta... y cuando haya recibido el beso de las brisas de Florencia, que es mi madre, tornaré á vuestro lado, señor, y solo podrá separarnos la muerte!

REY. (*conmovido.*) Partid; ya que lo quereis, partid! (*tendiéndole la mano que Benvenuto lleva á sus labios con efusion.*)

BEN. Gracias, gracias!... (*Clotilde y Ascanio le ciñen con sus brazos.*)

ASC. Padre!..

CLO. Por qué os alejais de nosotros?

BEN. Hijos mios... voy á trabajar por mi gloria... voy á curar mi corazon!!..

FIN DE LA COMEDIA.

MADRID, 1847.

IMPRENTA DE D. VICENTE DE LALAMA,

Calle del Duque de Alba, n. 13.